

# PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: *San Sebastián*. :: Administración, correspondencia y suscripciones: *Madrid*, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

40 céntimos.  
Año I.—NÚMERO 21  
12 JULIO 1925





# CONCURSO DE COLORIDO



**VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS  
PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO**

## CURiosIDADES

### PERLAS FANTÁSTICAS

Todo el mundo sabe que existen numerosos procedimientos para la fabricación de perlas artificiales. Estas perlas, sin embargo, no tienen la brillantez y belleza de las verdaderas, lo que demuestra que ningún procedimiento, por bueno que sea, puede rivalizar con la naturaleza. Pero he aquí que se ha dado en buscar y descubrir el misterio de la formación de las perlas en las ostras, y los sabios han descubierto que la perla es el resultado de una enfermedad provocada en el interior de la concha por una abundante secreción. De aquí la busca de inocular en las ostras aquella enfermedad, es decir, de forzar a aquéllas a dar perlas. Hoy se llega a obtener en ciertos laboratorios pequeñas perlas provocadas en ostras «inoculadas».

Pues bien: los hombres que expusieron este método tan ingenioso acababan de recibir un chasco. Aquéllos creían haber descubierto una novedad, y no era así. Ahora se descubre que los chinos — ¡quién lo iba a imaginar! — conocían desde hace tiempo el referido procedimiento. Como prueba se ha sometido a examen una ostra operada por chinos, y que muestra las perlas más sorprendentes. En la referida ostra china, llamémosle así, se han encontrado, en la parte interior nacarada, no perlas ordinarias, sino una docena de pequeñas figuras, admirablemente talladas y que representan, con un parecido formidable, al dios Buda.

Nuestros sabios, con este descubrimiento chino, han quedado turlutatos, más «chinos», acaso, que los mismos habitantes de China.





# EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. SALGARÍ

(Continuación).

Aproximáronse a las bestias, espléndidos osos negros, gordos y lucidos, que podían competir en alzada y peso con los mismos osos grises, y les acarició el hocico, quitándoles los tambores. Los dos osos mostraron satisfacción a gruñidos, y libres de la nieve que los cubría, se metieron en la cabaña.

El secretario del marqués y los dos hessianos se habían despertado, en tanto que las viudas del *sakem* seguían durmiendo placidamente cerca del fuego, tendidas en la gigantesca piel de bisonte.

—Dejad los fusiles —dijo adelantándose rápido Petifoque al ver a los otros armar los gatillos—. Son amigos nuestros, compañeros de Nico I.

## CAPÍTULO XI

### EL ASALTO AL BERGANTÍN

A la mañana siguiente, apenas amaneció, levantaron los mandatos el campo, dispuestos a seguir a su nuevo caudillo. La nevada había cesado; pero el viento continuaba soplando a través de la floresta, impetuoso y glacial.

Guiados por el sacerdote y el lugarteniente, nombrado durante la noche y que respondía al sobrenombre poco simpático de Mancha de Sangre, bien constituido guerrero, con la cara surcada de varias cicatrices, se reunieron en torno de la cabaña de Cabeza de Piedra y sus compañeros, aguardando la señal de partida. Como ya se ha dicho, eran más de quinientos, todos bien armados, aun cuando no pudiesen fiar mucho en sus viejos arcabuces, casi inservibles, ni en sus municiones.

El viejo bretón, acompañado de los dos osos, los dos alemanes, que redoblaban furiosamente los tambores; el secretario del marqués, Jor y Petifoque, y seguido por sus trece mujeres, pasó revista a las filas, en formación bastante correcta, y dió en seguida orden de ponerse en marcha hacia el lago, ansioso de ver de nuevo a Riberac y de saber la suerte que el bergantín hubiese corrido. Seguía confiando en la posibilidad de tender una celada al marqués y capturarlo con su navío antes de que llegara la flotilla inglesa. Ahora contaba con barcasas y podía intentar un abordaje a la desesperada.

La gruesa columna atravesó la inmensa selva, guiada por Mancha de Sangre, y después del mediodía llegó finalmente a la orilla del lago, en el sitio donde desagaba un gran río que todavía no estaba helado. Veinte barcasas se encontraban reunidas en una pequeña ensenada, abrigada por una alta fila de peñascos negruzcos, que hacían imposible para un navío toda tentativa de atracar allí, tanto más cuanto que las aguas del lago seguían revueltas.

Los indios canadienses, que viven de continuo en las orillas de los ríos y de los lagos, son intrépidos constructores y bravos bateleros. Todos ellos disponen de chalupas capaces de embarcar treinta hombres cada una, de construcción ligerísima, pues se valen para hacerlas de cortezas de abedul. La armadura suele ser de madera de pino, bien arqueada, formando en los extremos puntas muy elevadas. Las cortezas de abedul se ligan después a la armadura por medio de filamentos vegetales solidísimos o con sutiles nervios de nutria y otros animales; con duelas componen luego una especie de revestimiento interno, y a toda la construcción le dan por último una mano de resina.

Se deslizan tales barcasas velozmente, y ninguna chalupa inglesa ni americana podría competir con ellas, pues impulsadas con su máxima rapidez, parece que apenas estén en contacto con el agua. Para guiarlas se requiere una agilidad extremada, sobre todo a causa de las frecuentes borrascas que estallan en los lagos y de las rápidas pendientes que interrumpen con frecuencia el curso normal de las aguas fluviales, verdaderos saltos de agua que los marineros europeos no osarían desafiar. Los naufragios menudean, pero es raro que los tripulantes perezcan en ellos, pues los indios canadienses

son nadadores bien probados y resisten las más elevadas temperaturas.

También tienen barcasas más pequeñas, capaces para dos o tres personas, y que corrientemente usan las mujeres, que no ceden en nada a los hombres por lo que toca al manejo del remo.

Cabeza de Piedra y Petifoque revistaron también su escuadrilla naval, y parecieron quedar satisfechos.

—Hasta Ticonderoga podremos ir —dijo el viejo bretón—. Un poco ligeras son, pero deben navegar mejor que *cutters*.

—¿Te atreverás a embarcar los osos? —preguntó Petifoque.

—¡Ah, no; nunca haré semejante estupidez! Nos los comeremos antes. Además, de nada nos servirían.

—¿Pero a tus mujeres si las embarcarás?

—De ningún modo... Las mandaré de nuevo a la tribu, diciéndoles que esperen mi regreso para no estar expuestas a los horrores de la guerra. Ahora mando yo, y veo que todos los guerreros, y aun el sacerdote mismo, me obedecen ciegamente, sin protestar jamás. Son muy simpáticos estos mandanos.

—O por lo menos, así lo parecen.

—Así será, Petifoque. Por mi parte, en el fondo, no tengo en ellos una confianza ilimitada. Bueno, ¿y qué haremos ahora? ¿Buscamos a Riberac, para impedir que los iroqueses se nos echen encima, o damos una vuelta por el lago para ver si el bergantín del marqués ha resistido a la tempestad o si se ha destrozado?

—Maestre —dijo Jor—, ¿queréis que busque yo al traficante? Dejadme uno de vuestros tudescos. Nos encontraremos después junto al fortín incendiado.

—Te dejo a Wolf, que es más hábil que su hermano en el manejo de la carabina, sin decir por eso que Ulric no sea un tirador de primera fuerza. Nosotros remontaremos el pequeño curso de agua que desemboca junto al depósito. Estas barcasas son de poco fondo y podrán salvarlo fácilmente.

—¿Os vais con todos los guerreros?

—No, me basta con veinte. No se trata por ahora más que de una pequeña exploración hacia los arrecifes donde la tartana se ha deshecho. Puedes irte, pues ya no nieva. Nos veremos esta noche, seguramente, aquí o en las cercanías del fortín.

Llamó a Mancha de Sangre y dióle orden de preparar la barcaza más ágil y fuerte, con un equipo de veinte remadores.

Los guerreros, en tanto, se habían acampado, construyéndose minúsculas cabañas, cubiertas, según su costumbre, con telas de abedul o de olmo, y habían encendido fuego para calentarse y preparar el alnuerzo.

Cabeza de Piedra y sus compañeros comieron de pie los últimos salchichones que les quedaban y tomaron puesto en la barcaza, donde ya les esperaba Mancha de Sangre con veinte de los mejores bateleros. El viejo bretón encendió su pipa y se sentó en el banco central, al lado de Petifoque, mientras Ulric y el secretario del marqués se acomodaban en el banquillo de popa.

La embarcación, impulsada por veinte remos bien cortados, atravesó como una saeta la barra del río y hendió veloz las aguas del lago, siempre agitadísimas. Apenas dieron vuelta a un promontorio escarpado, cuando Cabeza de Piedra hizo señal a los remeros de que se detuvieran.

—Mira el bergantín —dijo a Petifoque—. ¿Me engañaba? Ha ido a encallar en los mismos escollos que han destrozado nuestra tartana. Los dos masteleros han caído ya y las olas barren la toldilla. No nos costará gran trabajo apoderarnos de ese cascarón.

—¿Estará la tripulación a bordo todavía? —preguntó el joven gaviero, que se había puesto en pie—. No veo a nadie.

—Se habrán refugiado bajo cubierta.

—¿O habrán desembarcado?

—No, porque allí veo dos chalupas suspendidas de las grúas de proa, precisamente las mayores. El marqués está ahí con sus hombres.

—¿Y nos vamos a lanzar al abordaje?

—Sí, que para eso contamos con quinientos guerreros dispuestos a no dar paz a la mano si lo ordeno yo.



—¿Y cuántas barcas perderemos antes de asaltar el bergantín?  
—Muchas, de fijo. Si las piezas inglesas trabajan con metralla en vez de escupir balas y bombas, no tendremos ventaja. Nuestras barcas se convertirán en cribas y sus despojos irán a juntarse con los restos de nuestra desgraciada nave. Menos mal que tenemos remadores habilísimos y estarán poco tiempo bajo el fuego enemigo. ¡Bah..., ya veremos esta noche! Procuraremos sorprender a la tripulación en sus hamacas.

—¡Hum...! Velarán, Cabeza de Piedra.

—¿Quién sabe? Nos desembarcaremos del marqués y después podremos cumplir nuestra misión y atracar felizmente en Ticonderoga. Ya verás cómo nuestros asuntos, de comprometidos, se tornan en francos. ¿Sabes lo que me inquieta?

—¿La vecindad de los iroqueses?

—Lo adivinaste. ¿Sabrá retenerlos Riberac y hacerles fumar el calumet de la paz con mis guerreros? Esa es la cuestión.

—¿Volvemos?

—Prefiero quedarme aquí vigilando al bergantín. Quisiera saber de cierto si la tripulación está aún a bordo.

—Esperemos, pues —contestó Petifoque disponiéndose a estirarse sobre el banquillo.

—Ven conmigo —dijo el viejo bretón—. Nos daremos un paseo por la orilla. Algún peñasco habrá más elevado que nos permita distinguir mejor lo que pasa en el bergantín.

Ordenó al piloto que hiciera retroceder la barcaza unos cien pasos, para que no pudiera ser visto por alguna chalupa que viniese al lago, y desembarcó en la orilla, acompañado de Mancha de Sangre, Ulric y el joven gaviero. El secretario del marqués prefirió quedarse en la barca, bien envuelto en una piel de bisonte.

Por todas partes se ofrecían a la vista numerosos peñascos, confundidos con los abedules, que habían invadido hasta las dunas, pues a su crecimiento no es obstáculo tener las raíces casi sumergidas. Todos ellos eran de escasa altura; pero no se prestaban a un fácil acceso por lo escarpados. Cabeza de Piedra, a quien nada escapaba, distinguió pronto una roca que un tiempo debió ser escollo y cuya cima descollaba a tres o cuatrocientos metros de altura. En sus laderas habían crecido numerosos árboles, que hacían la subida relativamente fácil para hombres cuya agilidad era notoria.

—Desde allí podremos observarlo todo —había dicho a Petifoque.

En diez minutos, bordeando siempre los peñascos, llegaron a la roca, y después de asegurarse bien de que en los alrededores no había soldados ingleses acampados, treparon hasta la cima, cubierta de pequeños grupos de cerezos silvestres, nacidos al amparo de una plataforma de tierra bastante amplia. Ante ellos huyeron a la desbandada veinte o treinta halcones pescadores, precipitándose en las aguas del lago. Estos volátiles son formidables rapaces, que hacen terribles destrozos entre los peces y compiten en habilidad con las águilas blancas, numerosísimas igualmente en todas las orillas de los lagos canadienses.

Cabeza de Piedra, llegado que hubo a la cima en unión de Petifoque, contempló fijamente el bergantín, barrido de popa a proa por las ondas, con los masteleros caídos sobre la mura de estribor y apenas sujetos por algunas jarcias, a punto de ser arrebatados a la desdichada nave.

—Hay humo... —exclamó.

—¿Dónde? —preguntó el joven gaviero.

—Sale de una de las postas de la batería del entrepuente. Ahora ya sabemos con certeza que queda gente a bordo.

—¿Estará también el marqués?

—Sin duda alguna —respondió Cabeza de Piedra—. Aunque... no me atrevo a confiarme. ¿Recuerdas las chalupas que montaba el bergantín?

—Cuatro, si la memoria no me es infiel.

—Pues no quedan más que dos, si bien son las mayores.

—¿Habrá tomado el largo el amigo, para ir al encuentro de la flotilla de Burgoyne?

—Lo sentiría muchísimo.

—Podrían las olas haberse llevado las otras dos barcas, arrojándolas sobre la orilla.

—No se ven flotar los restos. Esta noche tendremos noticias ciertas respecto del marqués. El bergantín no puede navegar, de modo que lo abordaremos y haremos un buen registro.

Se interrumpió bruscamente, levantándose como movido por un resorte, y se puso a escuchar atentamente.

—¿Me habré engañado? —se preguntó.

—¿Qué has oído?

—A lo lejos un cañonazo —respondió el viejo bretón apretando los dientes.

—¿Habrán llegado los ingleses a Champlain?

—Sería para nosotros un serio obstáculo.

—Vamos, presta atención de nuevo. Yo no he oído nada.

—Tú no has sido cañonero. Cierra el pico y deja funcionar mis oídos. Hasta el aliento has de retener, si puedes.

—¿Para morir con los pulmones deshinchados?

—¡Vete al diablo, mozo del Pouliguen! No es hora de chanzas.

—Ya me callo.

Cabeza de Piedra escuchaba imperturbable, con las callosas manos a guisa de embudo acústico, para percibir mejor los rumores lejanos.

Cuatro o cinco minutos llevaría inmóvil, cuando se dejó oír un estampido no muy fuerte, producido, al parecer, por un disparo de artillería.

—¿Y ahora, has oído, Petifoque? —dijo el viejo bretón con un gesto de ira.

—Sí; ahora, sí —repuso el joven gaviero.

—Hay que tomar una resolución extrema, desesperada.

—¿Asaltar el bergantín antes de que le lleguen refuerzos al marqués?

—Y sin dejarlo para luego.

—¿Está muy lejos la nave que ha hecho los dos disparos?

—Cinco o seis millas, por lo menos.

—Con un oleaje tan fuerte no podrá llegar aquí pronto.

—Así lo creo. Vamos, pues, y guíemos a nuestros mandanos al abordaje.

A toda prisa descendieron de la peña, seguidos de sus compañeros, y ganando a todo correr la barca embarcáronse en ella.

—¡Al campamento! —había gritado Cabeza de Piedra.

La embarcación partió rápida como una saeta, y un cuarto de hora después se detenía a la entrada del río, cubierta enteramente por la flotilla de barcas indias.

Cabeza de Piedra dió en seguida sus órdenes. Trescientos guerreros le acompañarían en la peligrosa expedición, escogidos entre aquellos que poseían armas de fuego. Los otros debían permanecer vigilando el campo, pues era de temer un ataque súbito de los iroqueses, de los cuales no se tenía ninguna noticia, pues ni Jor ni Wolf habían vuelto de su expedición en busca del traficante, única persona capaz de inducir a aquellos salvajes a fumar el calumet de la paz con sus enemigos seculares.

—¡Vaya un apuro gordo...! —gesticulaba Cabeza de Piedra caminando a grandes pasos por la orilla del río, mientras los guerreros se embarcaban, dirigiéndose a Petifoque, que a duras penas podía seguirle—. Los ingleses casi en las narices y sin saber qué intenciones traerán esos demonios de iroqueses, que pueden exterminar al resto de la tribu durante nuestra ausencia... Y no hay otro remedio sino abordar el bergantín. Si cojo por mi cuenta al marqués, nos vamos a entender Burgoyne y yo.

—Padre —dijo a este punto Ulric cortándole el paso—. Tus mujeres haper preparato sena.

—¡Que se la coman ellas...! —rugió el bretón—. Nosotros tenemos que hacer cosa mejor...

—¿Y mi hermano?

—Ya volverá, supongo yo.

—¿Nada senar, entonses?

—No; esta noche ayuno. Salta a mi barca, que me será muy útil tu carabina.

—Sí, padre —repuso el buen tudesco—. Yo siempre opeteter.

Hacia las cuatro, cuando las primeras sombras de la noche comenzaban a abatirse con rapidez casi fulminea sobre el lago y los bosques, la flotilla india, compuesta de veinte barcas, abandonó silenciosamente las orillas del río.

Cabeza de Piedra ocupó su puesto junto a sus compañeros en la mayor de ellas, tripulada por treinta remadores preparados para trocar el remo por la carabina y el hacha.

La flotilla desembocó en el lago, sumido en tinieblas, que hacía más profundas una espesa niebla que comenzaba a descender. Las aguas estaban algo más tranquilas, pero junto a los arrecifes la resaca continuaba fortísima, y las oleadas se deshacían con gran ímpetu y siniestro rumor. Había momentos en que diríase que sobre la playa disparaban cañonazos.

Cabeza de Piedra se situó en la alta proa de su barca, con Petifoque y Ulric, con la carabina preparada. El secretario del marqués, por el contrario, se mantenía prudentemente retirado hacia la popa, sobre el banquillo postrero. Bien es cierto que él no era hombre de armas tomar.

La escuadrilla, aunque en loca danza, salvó felizmente los escollos y enfiló hacia el bergantín, cuya mole se acusaba confusamente, inmóvil sobre las rocas, que al parecer habían hendido su quilla.

—¿Ves tú otros navíos al largo?

—Hay mucha niebla allá abajo —repuso Petifoque—. Lo veo todo gris.

—Puedes decir que lo ves todo negro. Estas malditas tinieblas caen como si las aplastase alguna materia pesada. Pero ahí está el bergantín, que no se nos escapa.

—Tal vez podamos sorprender a la tripulación.

—Si yo estuviera a bordo no me sorprenderían, de seguro —repuso Cabeza de Piedra—. Los ingleses tienen una mala costumbre.

—¿Embriagarse, verdad? Ya, que tú no bebías más que agua cuando estabas en *La Tonante*.

—Bebía cuando no había nada que hacer. ¡Por los cuernos!...

—¿Se ha abierto la barca?

—¡Han iluminado una cañonera en el bergantín!

—¿Una sola? No; se ve luz en otra a popa.

—¡Muy bien! Hay gente ahí dentro.

En aquel momento brilló un relámpago en la popa del bergantín, seguido de un formidable estampido. En lo alto atravesó el espacio el ronco zumbido de una bala de regular calibre.

—¡Nos han vistol... —gritó el maestro—. ¡Asnos!... ¡Metralla y no balas os harían falta!

—¡Sí, gritale fuerte para que cambien la melodía! —dijo Petifoque—. ¿Te propones enseñarles el medio de echarnos al fondo cuanto antes?

—¡Soy un animal!... ¡Ah, pero no tardará en silbar la metralla sobre nuestras cabezas! Esos cañoneros no serán tan bestias, digo yo.

En la toldilla del bergantín, libre ya de los embates de las olas, aparecieron algunos fanales. Entre la niebla se veían algunas sombras humanas agitándose cual fantasmas. Una voz de trueno gritó desde la popa de la nave, dominando el estrépito de la resaca:

(Continuará en el número próximo.)



# PINOCHO DEPORTISTA

## CRÓNICA

### La regla del «off-side».

La nueva regla del «off-side» ha causado la natural sensación. Pues viene a tirar por tierra toda una táctica meditada, fruto de muchos años de ensayos.

La táctica de *one back*, un zaguero que casi todos los equipos del mundo venían siguiendo, queda destruida.

Para estar desde ahora en «off-side» será necesario que el atacante, al recibir el pase, se encuentre solo ante un enemigo.

Bastará con que un defensa y el portero se hallen entre el que ataca y la meta para que ya no exista el fuera de juego.

No cabe duda que la rapidez del fútbol ha de ganar con esta modificación, no sólo por poder estar los jugadores más adelantados, sino porque habrá muchas menos interrupciones de juego.

Lo que no vemos tan claro es el que la nueva regla favorezca de tal modo al juego de pase largo y ataque furioso. Eso sería exacto si los defensas siguieran colocados del mismo modo que lo han estado hasta ahora. Pero es de suponer que variarán, y no se volverá a ver un defensa solo retrasado mientras el otro está a la altura de la línea de medios.

Con la nueva regla los defensas habrán de quedarse atrás, pues ya que no pueden contar con el pito del árbitro para cortar arrancadas, lo suplirán con una prudente colocación que evite que un delantero avanzado se les cuele al no tener más que un defensa que burlar antes de llegar al portero.

Ya es ley la nueva regla; así es que a todos nuestros equipos se la recomendamos para atenerse a ella en sus partidos.

RAGDE.

## FORMACIÓN DE EQUIPOS

Apenas apareció el número de PINOCHO que contenía la primera proclama invitando a todos a formar equipos Pinocho de fútbol, desde toda España recibimos cartas de pinochistas que aceptan la idea con entusiasmo. Es más, a los dos días de aparecer el número ya había cuatro equipos completos, a saber:

El «Pinocho F. C.», formado del siguiente modo:

Carlos Fernández del Toro, Emilio Agustí, Vicente Guillo, Carlos Fernández, Vicente Quesada, José Pozo, Esteban Rodríguez, Miguel S. Martín, Luis Fernández, Demetrio Herranz y Claudio Sánchez.

El capitán de este equipo, que es el primero que ha llegado a esta casa, es Luis Fernández, y vive en la calle de Segovia, 3.

El otro equipo, que podemos llamar «El Pinochista», está formado por Carlos Méndez, Agustín Díaz, Juan Peris Mencheta, Manuel Clemente, Gregorio del Amo, Juan Cabezalí, José de Castro, Pedro Arrayuri, Luis Sagi-Barba, Jose Balbás, José Riestra.

El capitán es Pedro Arrayuri, y vive en Claudio Coello, 33.

El tercer equipo es de Guadalajara y está formado del siguiente modo:

E. Rolandi, M. Ordovás, M. Chausa, M. Molina, A. Palomo, Nicanor, A. Or-

dovás, A. Robles, A. Cofaina, D. Galán, F. Ortega.

El capitán es A. Robles, y vive en la calle Mayor, 45, Guadalajara.

El cuarto equipo es de Gijón; se llama el «Deportivo Pinocho» y se alinea así:

José Carballo, A. Barbará, J. Menéndez, J. Bartolomé, L. Millar, L. Quirós, C. Alvarez, M. Alvarez, M. Arial, J. García, J. Alonso.

El capitán es José Menéndez.

Los Pinochistas aislados que buscan equipo son:

José Ascandoni González y Tomás Ascandoni González, de diez y seis y quince años, que viven en la calle del Rosario, núm. 2 (Pabellón militar).

José Muesas Sánchez, que vive en la calle de Hortaleza, núms. 63 y 65.

Eduardo Estirado, Amanuel, 36. Quiere ser medio, o defensa derecha.

Gonzalo Camarero Pardo, Guzmán el Bueno, 42. Desea ser delantero centro.

Jorge Alexiades, Granada, 3.

Ventura Martínez y Teodosio García, San Martín, 3: Desean ser extremo derecha y defensa izquierda.

Federico Arroyo, Pi y Margall.

Manuel Caballero, Cabestreros, 16 y 18.

Fernando García, Don Quijote. (Se te ha olvidado poner el número, Cervantes.)

Todos éstos son de Madrid.

¿Quieres ocuparte tú, José Ascandoni González, ya que pareces el mayor, de entrevistarte con estos Pinochistas y formar un equipo, del cual te encargues tú? Tenme al corriente de tus gestiones.

De provincias nos escriben en los mismos términos los siguientes amigos:

José Mario Muñoz, Paseo de Colón, 13 (Sevilla).

Maximino García, Alar del Rey (Palencia).

Eduardo Cernuda, calle de San Martín, 2 (Alicante).

José Antonio Sánchez, calle de Easo, 8 (San Sebastián).

Angel Abengochea, calle de Angel Bruna, L. A., principal, 1.ª (Cartagena).

Herminio Roguer, Colón, 15 (Gijón). Llano.

Cada uno de vosotros debe ocuparse de reclutar entre sus amigos, jugadores, y cuando ya seáis once, elegís un nombre, el que más os guste, y el color de camiseta que prefiráis, y con todos los datos me los enviáis.

## Cronistas deportivos.

Celestino Corcelles, de Málaga, es nuestro redactor deportivo allí.

Vicente Luceño lo es en Cáceres.

Manuel Pastor, en Ceuta.

Ánimo, Pinochistas escritores, vengan reseñas y opiniones de partidos de pequeños y de mayores, y no olvidaros de escribir por una sola carilla del papel.

\*\*\*

Y os repito lo del primer número: «El que quiera jugar al fútbol en nuestros equipos, que lo diga, y el que pueda formar equipo, mejor.»

PINOCHO.



Disputándose una cabeza.

J. JACINTO.—Madrid.



## Partidos jugados y reseñados por Pinochistas.

En Ceuta: La R. S. Hípica venció al Victoria Eugenia por 1 a 0. Se distinguen Solano y Sobrebia.

M. P.

En Cáceres: El Arenas F. C. vence rotundamente al Sporting, reforzado, por 5 a 0.

3, Luceño; 1, Borrella; 1, Tomé. Defensa propia meta.

En el Campo del Cuartillo y a las órdenes del árbitro señor Rodríguez se alinean los equipos en la siguiente forma:

Sporting.—Oscar; Guallo, Llorente; García, Tomé, Villa; Guardiola (menor), Tomé (J.), Borrella, Guardiola, Pulido.

Arenas F. C.—Paco; Remigio, Alamillo; Crisanto, Marín, Pedro, Abelardo, Luceño, Borrella, Borrella (menor), Gaudencio.

Saca el Arenas, que, tras bonitas combinaciones, pone en aprieto la puerta de Oscar. El Sporting se hace del esférico y sus jugadores no se entienden, viéndose, por tanto, otra vez dominados, y no pueden evitar el primer tanto, fruto de unos pases de Marín a Barrella y de éste a Luceño, el cual se interna por el extremo y lanza un «chut» cruzado, que el árbitro no ve, siendo protestado por todos los jugadores.

Puesto el balón otra vez en juego, se hacen de él los del Sporting, y todos cuantos intentos hacen por llegar a los dominios de Paco son infructuosos, pues la defensa juega horrores.

El Arenas se hace del balón, y Borrella llena la línea y le pasa a Luceño, largando éste un zambombazo a larga distancia, valiendo el segundo tanto para el Arenas. Pocos minutos después el árbitro toca la terminación del primer tiempo.

Reanudado el juego, el Arenas marca a los pocos minutos su tercer tanto, obra de Luceño. El Arenas, con este nuevo tanto, se crece, y en una entrada de Luceño al portero, éste aleja a poca distancia el balón, y Borrella lo aprovecha para marcar el cuarto tanto a favor del Arenas. Poco después el árbitro anula un tanto por una mano dada en el área de «goal».

Tirado el «penalty» por Borrella (el mayor), lo para Oscar de manera magistral.

El quinto «goal» fué originado en una lucha ante la puerta, acosado el defensa, y en el momento de despejar entra el balón en la puerta, ante la estupefacción de todos los jugadores, concluyéndose poco después el partido.

El Sporting iba reforzado por Borrella y los hermanos Tomé,

del Esparta, y Villa y Pulido, del Real Cáceres. El arbitro estuvo regular.

Por el Arenas se distinguieron: Remigio, Alamillo, Marín, Borrella y Luceño. Por el Sporting: Llorente, Borrella, Tomé y Villa.

Se tiraron muchos «corners» por parte del Sporting.

VILUSÁN.

En Málaga: El domingo día 21, y en el campo de los Saleianos, tuvo lugar un encuentro entre los equipos F. C. Malagueño (infantil) y Sporting Club, arbitrando el señor Lozano.

Comienza el juego a las seis de la tarde y saca el Sporting, que desde los primeros pases demuestra gran dominio en el juego, si bien los del Malagueño no quedan inactivos, por lo que no es posible que uno de ellos domine gran cosa a su contrario.

Pellisó ve en peligro su bien defendida portería por los constantes ataques del Sporting; pero éstos no consiguen marcar gracias a la gran labor de los defensas malagueñistas.

Termina el primer tiempo sin haber logrado perforar la meta contraria ninguno de los dos equipos.

En el segundo tiempo logra el Sporting dominar a sus contrarios, siendo largamente ovacionado por el público, que ve con disgusto el juego extraviado de los del Malagueño, los cuales entretienen en lanzar el balón fuera del campo. El primero y único tanto del partido es hecho por el Sporting de un estupendo choot de su interior.

El Malagueño jugó sin entusiasmo y sus jugadores no dieron pruebas de grandes conocimientos técnicos del fútbol, como han demostrado en partidos anteriores; tuvieron lo que vulgarmente se dice una mala tarde.

El Sporting desarrolló un juego limpio y magnífico: existía entre ellos mucha unión, y eso fué lo que les llevó a la victoria.

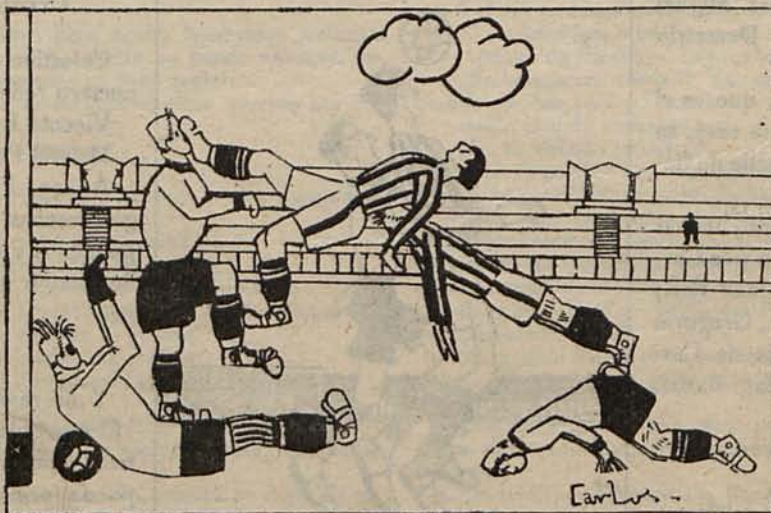
Distinguiéronse Quesada, Gutiérrez, González y Venancio.

Alineóse el Sporting de la siguiente manera: Portales, Ibarra, Vicaria, Ruiz, Gutiérrez, González (J. M.), González (R.), Puertas, López, Quesada y Venancio.

MELÉNITAS.



Alcántara, el jugador que hizo falta en Mestalla.  
CARLOS GARCÍA.—Madrid.



Un partido amistoso celebrado en Vila-Landa. Momento interesante.

C. GARCÍA DÍEZ.  
Madrid.



# 19 CONCURSOS PERMANENTES!

¡INFINIDAD DE PREMIOS OTORGADOS POR LOS MISMOS PINOCHISTAS!

**50 PREMIOS para los Pinochistas menores de diez años. :-: 50 PREMIOS para los Pinochistas mayores de diez años. :-: Premios extraordinarios en Navidad. :-: Premios extraordinarios en fin de año. Premios extraordinarios en marzo de 1926.**

## CONDICIONES GENERALES PARA LOS 9 CONCURSOS

1.ª Tenemos dos secciones para cada Concurso: **Primera Sección: Pinochistas menores de diez años. Segunda Sección: Pinochistas de diez años en adelante.** Para retirar los premios se exige acreditar la edad y el autor verdaderos, con un certificado que venga firmado por una persona respetable.

2.ª Para cada envío se precisa un **Cupón de Concursos**. Ejemplo: **tres** trabajos para un solo Concurso precisan **tres Cupones**. Otro ejemplo: para enviar un trabajo a cada uno de los nueve Concursos se precisa **nueve Cupones**. Los suscriptores gozarán de una ventaja: con un solo **Cupón** pueden enviar un trabajo a cada Concurso; pero **nunca** más de uno. Si quiere concurrir con **tres** trabajos a un Concurso, tendrá que acompañarlos de **tres Cupones**.

3.ª Cada sobre con trabajos de **Concurso** no contendrá otros asuntos.

4.ª El concurrir a nuestros **Concursos** indica que se aceptan todas las condiciones. No se devuelven los originales.

### ADJUDICACIÓN DE LOS PREMIOS

1.º Los premios se otorgarán por votación de los Pinochistas, excepto en los Concursos 2.º, 8.º y 9.º, que lo harán los Jurados.

2.º Para las votaciones publicaremos en el último número de cada mes seis boletines que los Pinochistas deberán llenar, indicando los trabajos que más les hayan gustado de los expuestos en ese mismo mes. El resultado se publicará entre los sesenta y los setenta y cinco días siguientes, para que puedan contestar los niños americanos. Como son **6 Concursos** por votación, y cada uno tiene dos secciones, otorgaremos **12** premios mensuales, consistentes en magníficos libros de *Cuentos de Calleja*. Además tendremos menciones honoríficas para los que hayan sido votados sin alcanzar premio, que tendrán derecho a que se publique su retrato cuando tengamos sitio para ello.

### 1.º, CONCURSO DE PROBLEMAS

Los Pinochistas enviarán problemas, que publicaremos para que se busquen las soluciones. Hay que mandar aparte la solución muy clara y el nombre del autor, que a su tiempo se publicarán también. Los problemas pueden ser del estilo de los publicados o de otro, y pueden o no tener dibujos.

Es imprescindible el envío del **Cupón de Concursos**.

### 2.º, CONCURSO DE SOLUCIONES

Consiste en resolver todos los problemas que se publiquen. Acompañando a las soluciones de cada número debe enviarse el **Cupón de Concursos correspondiente**.

El Jurado examinará cada tres meses las soluciones recibidas, y concederá **cuatro** premios —dos para cada Sección— a las mejores soluciones enviadas. Y en el mes de marzo de 1926 se sortearán otros **cuatro** premios extraordinarios entre todos los que hayan enviado la *colección completa* de soluciones de 1925.

Cada sobre debe contener las soluciones de un solo número.

### 3.º, CONCURSO DE CHISTES ILUSTRADOS

Consiste en un dibujo y su chiste o explicación correspondiente, que estará escrita debajo o al respaldo, con nombre, edad y señas del Pinochista. El dibujo debe ser enviado con tinta china o negra, nunca con lápiz ni en colores.

Con cada chiste hay que mandar un **Cupón de Concurso**.

### 4.º, CONCURSO DE HISTORIETAS

Historietas son las series de dibujos que completan una idea, con o sin texto alguno. No han de tener más de ocho dibujos. Ténganse en cuenta las condiciones del **3.º Concurso**.

Con cada historieta hay que mandar un **Cupón de Concurso**.

### 5.º, CONCURSO DE DIBUJOS

Dibujos sueltos, sin chiste, atendiendo sólo al mérito del dibujo. Ténganse en cuenta las condiciones del **3.º Concurso**.

Envíese con cada uno un **Cupón de Concurso**.

### 6.º, CONCURSO DE CHISTES SIN ILUSTRAR

Con cada chiste hay que enviar un **Cupón de Concurso**.

### 7.º, CONCURSO DE CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

Envíense escritos por una sola cara del papel, y que no tengan más de 2.000 letras. Si se envían ilustraciones, que sean sin lápiz ni color.

Hay que mandar con cada cuento un **Cupón de Concurso**.

### 8.º, CONCURSO DE COLORIDO

Publicaremos dibujos de la *Serie Pinocho contra Chapete*, en negro. El mérito consiste en iluminarlos, para que se parezcan a los publicados en la *Serie*.

Con cada ilustración iluminada hay que mandar un **Cupón de Concurso**.

Entre los que envíen los mejores dibujos, sortearemos **cuatro** *trajes de Pinocho* —dos por cada Sección— y publicaremos el retrato de los cuatro niños, con sus disfraces. Además, sortearemos libros de cuentos por valor de **doscientas pesetas** —**cien** para cada Sección—, entre los buenos dibujantes. Oportunamente, anunciaremos cuándo se cierra la primera Serie de este Concurso y del 9.º.

Los premios los otorgará el Jurado.

### 9.º, CONCURSO DE PINOCHOS MÁS BONITOS

Este concurso consiste en una lista de los tomos de *Pinocho contra Chapete*, ordenados según la preferencia del Pinochista. Nosotros sumaremos los votos que cada episodio haya obtenido, y con el resultado, daremos la lista definitiva. Los premios serán para los que más se hayan aproximado a ella. Si hay menos premios que listas iguales, se sortearán aquéllos.

Cada lista debe venir con su **Cupón de Concurso**.

Otorgaremos **cien** premios —**cincuenta** para cada Sección—, y los **cuatro** primeros consistirán en Colecciones de la *Serie Pinocho contra Chapete*, encuadradas en tela y con el nombre del Pinochista estampado en oro.

### PREMIOS EXTRAORDINARIOS

1.º A fin de año organizaremos un sorteo para adjudicar **cuatro importantes premios** entre todos los que durante el año hayan obtenido premios o menciones honoríficas en esta gran Serie de **9 Concursos permanentes**.

2.º En Navidad se organizará un **gran sorteo de regalos espléndidos**. Para él enviaremos:

**100** números a cada suscriptor de PINOCHO.

**100** números a cada concursante que haya obtenido premio o mención en la *gran Serie de Concursos*.

**100** números a cada autor de los trabajos publicados en dicha *gran Serie*.

De esta manera, los niños que sean suscriptores, autores y premiados recibirán **300** números para el **gran sorteo de regalos de Navidad**.

# PINOCHO

## CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NÚM. 21

El Pinochista D. ....

de ..... años, y cuyas señas son .....

remite un trabajo para el Concurso de ..... (1).

Fecha ..... (Si es suscriptor, poner el número .....)

(1) Indicar el que sea de los **nueve**. Leer bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447, — Madrid.

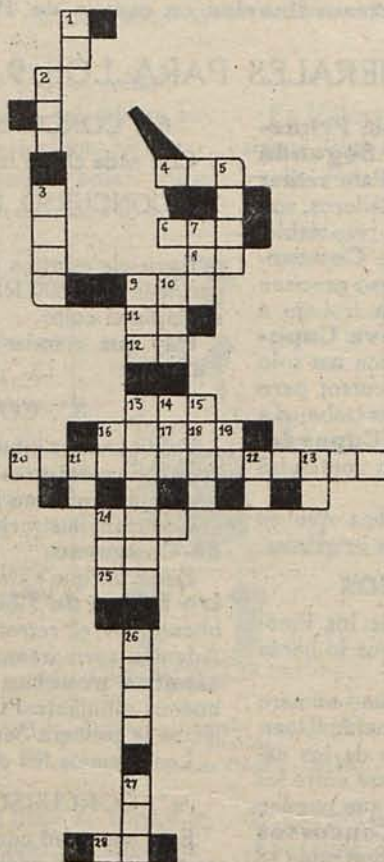


# Nueva Serie de Concursos.

## PALABRAS CRUZADAS

### VERTICALES

1. En la baraja.
2. Alimento.
3. Flor.
5. Tiempo de verbo.
7. En las jarras.
9. De heráldica.
10. Tiempo de verbo.
13. Semanario infantil.
14. Cogi.
15. Roedor.
16. Nota musical.
17. Afirmación.
18. Imperativo.
19. Pronombre.
21. Nota musical.
22. Para parar.
23. Posesivo.
24. Tiempo de verbo.
26. Herramienta.
27. Condimento.

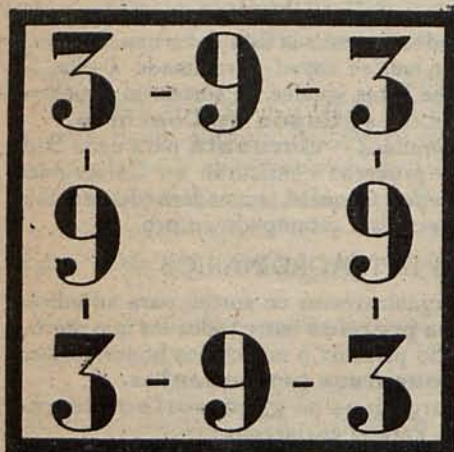


### HORIZONTALES

4. Par.
6. En las obras.
7. Contracción.
8. Afirmación.
9. De esparto.
11. Infinitivo.
12. Tiempo de verbo.
13. Dos.
16. En la misa.
17. Imperativo.
20. Pequeñísimo.
23. Enfermedad.
24. Palmípeda.
25. Nota musical.
28. Artículo.

N.º 1. P. S.º B.

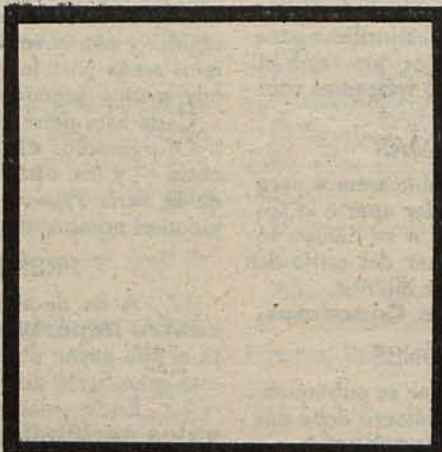
M.ª PILAR VILLÁN.  
Trece años. Valladolid.



**Problema de los barriles.**

Un comerciante coloca sobre el mostrador de su tienda 48 barriles de aceitunas de forma que por cualquiera de sus lados sumen 15. Se lo hace notar así a su dependiente, creyendo que de esta manera no le podrán sustraer ninguno. Pero el dependiente, hombre listo, le quita una vez cuatro, más tarde otros cuatro, después cuatro más y cuatro al fin, siendo de notar que siempre la suma de sus lados era 15. ¿En qué orden dejó el resto las cuatro veces para que así sucediera?

N.º 2. P. S.º B. JOSÉ SANZ D'ANGLADA.  
Doce años. Madrid.

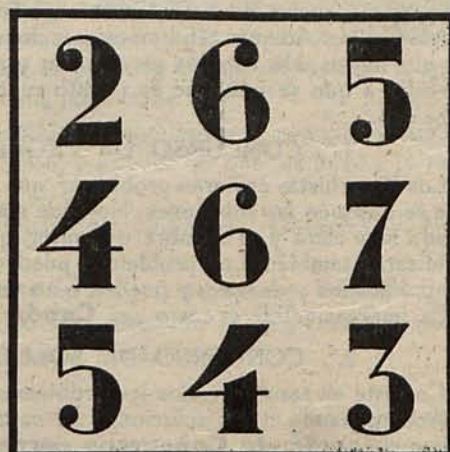


**El cuadrilátero transformado.**

Al ver este cuadrado tan cuadradito que nos ha mandado nuestro querido amigo Eduardo Pérez, os creéis que es fácil, y alguno de vosotros dirá: «¡Vaya una cosa! Eso lo hago yo.» Pues vamos a verlo. La solución es la siguiente: Se trata de trazar hábilmente unas líneas dentro de este cuadrado, de manera que quede dividido en dos partes iguales y convertido en un rectángulo.

N.º 3. P. S.º A.

EDUARDO PÉREZ.  
Siete años. Madrid.



**Números combinados.**

He aquí otro cuadradito: pero éste ya tiene algo dentro: tiene un 2, un 7, un 3, dos 4, dos 5 y dos 6.

¿Qué tenéis que hacer con estos números? Nuestra amigita Alicia os lo va a decir.

Estos números hay que combinarlos de manera que sumados, tanto vertical como horizontalmente, dé cada columna la suma de 14, teniendo en cuenta que hay que colocarlos en grupos de tres, como indica el dibujo.

N.º 4. P. S.º B.

ALICIA REYES.  
Trece años. Barcelona.

## A NUESTROS CONCURSANTES

Amables Pinochistas: Comienza en este número, como veréis, una nueva serie de Concursos, serie que os pertenecerá plenamente. Antes era Pinocho, vuestro amigo, quien se encargaba de presentaros los problemas, quien se desvelaba meditando problemas interesantes, ingeniosos, fantásticos, laberínticos. Pero, ¡oh!, amables Pinochistas. Durante este tiempo el héroe singular ha podido ver, en toda su magnitud, vuestro ingenio, y conociendo que vosotros, tan inteligentes, tan hábiles, tan industriales, habéis de presentar problemas divertidísimos, como antes presentásteis soluciones admirables, no ha dudado en cederos esta sección del periódico, seguro de que haréis verdaderas maravillas. Vosotros, desde ahora, simpáticos Pinochistas, vais a dar los problemas de los Concursos. ¡Vosotros! No podemos dudar del éxito que obtendréis con esta decisión de Pinocho. Harto conocemos vuestro talento.

En cuanto a los problemas de palabras cruzadas, oportunamente publicaremos el premio que haya de corresponder a las mejores soluciones; éstas se reciben, como para los otros Concursos, hasta el primero de septiembre.

Lista de premios de nuestra quinta serie de Concursos correspondiente a los números 17, 18, 19 y 20.

- 1.º Un precioso reloj de bolsillo o de pulsera.
- 2.º Una caja de soldados o una casita de muñecas.
- 3.º Un estupendo juguete mecánico para niño o niña.
- 4.º Un juego de bolos o una muñeca.
- 5.º Un estuche de lápices de colores con modelos para iluminar.



# Segunda serie de Concursos.

## ACCÉSITS

(Conclusión).

Pilar Guillón (Madrid), Emiliano García Suárez (Madrid), Remedios y Rafael Guerra (Madrid), Arturo González (Barcelona), Natividad García (Madrid), M. García Vidal (Madrid), Concha Guinea (Madrid), Javier Galiay Iranzo (Guadalajara), María Teresa Gikio (Oviedo), Luis Góngora (Madrid), Mariquina Gobart (Madrid), Antonio Garriga (Madrid), Alfonso Gómez y Suárez (Orense), María García Rodrigo (Madrid), Emiliano García Guadalupe (Madrid), Manuel Giralt (V. y Geltrú), Rosario García León (Madrid), Eugenio Gutiérrez (Madrid), Luis García (Sanlúcar la Mayor).

Angel González (Logroño), Julián García (Santander), Gonzalito Gallas (Granada), María Teresa González Ledesma (Vitoria), Paquito Hernández (Madrid), Luisita Hernando (Madrid), Manuel Hernández (Barcelona), Juan José Izurrategoyena (Madrid), Cleofé Iglesias (Salamanca), Rosario R. Jiménez (Santander), Angel Gimeno (Talavera de la Reina), Patrocinio Jiménez (Madrid), Víctor José Jiménez (Barcelona), Enrique Jimeno (Palencia), Keller (Gupúzcoa), Carmen Keller (Madrid), Martín Luño (San Sebastián), Fernando López (Madrid), Antonio F. de Landa (Vitoria), L. Leal (Madrid), Teresa Lozano (Madrid), Luis Larraz (Zaragoza), Manuel Luengo (Madrid), Luisita López (Madrid), Carlos López (Avila), Isabel Las-tre (Alicante), Inés Madroñal (Baeza), Elena Mata (Madrid), Carmen Maguregui (Logroño), Pedro Martín (Madrid), José Mesa (Madrid), Luis Felipe Madrigal (Madrid), Natalia de Mesa (Madrid).

Antonio Pastor (Alicante), Cristóbal Menéndez (Gijón), María Muñoz Pérez (Madrid), Juan Miralles (Sarriá), Alfonso Mendizábal (San Sebastián), Antonio Mondéjar (Cuenca), Encarnación Mateo (Madrid), Emilio Martínez (Mahón), L. Martos (Madrid), Eugenia Muñoz (Segovia), Fermín Muñoz (Madrid), Joaquín Muñoz (Madrid), Fernandito Mata (Madrid), Miguel Muñoz (Madrid), Juan Mollar (Melilla), Carmen Moreno (Madrid), Visitación Marcellino (Alicante), Félix Martínez (Madrid), José Martínez (Madrid), Tomás Miguel (Palencia), Carmen Martín Rodríguez (Vitoria), José María Milondo (San Sebastián), Asensio Moratalla (Madrid), José Mari Martínez (San Sebastián), Carmen Melgar (Madrid), M. A. (Barcelona), Andrés Nonine (Segovia), María y Luis Nalcón (Sevilla), Julio Omañac (Madrid), Pepito Oliver (Madrid), Gervasio Oria (Salamanca), Ruperto Pérez Izquierdo (Valderas), Carmen Pérez (Alicante), Guillermo Pérez del Puerto (Sevilla).

C. Pérez García (Sevilla), Julio Piñero Ferrero (Madrid), María del Carmen y María del Pilar Picazo (Madrid), Antonio Poch (Santiago), Jacinto Palanca (Magalejo), Manuel Pérez García (Madrid), Tomás Pérez de Ayala (Madrid), Rosario Pérez de Ayala (Madrid), Alejandro Pérez Salmonte (Santiago), Cecilia Pequeño Roa (Madrid), Carmen Pérez (Madrid), Alfonso Peña Viejo (Madrid), Enrique Pinero (Palencia), Luis Pollo (Madrid), Antonio Pardo (Zaragoza), Fernando Puig (Alicante), Manuel Pinto (Valladolid), Manuel Pérez (Orense), Jaime Quiroga (Madrid), María Reus (Talavera de la Reina), Antonio Roca (La Línea), Emilia Romero y Castro (La Coruña), Rafael Raga Soler (Valencia), Magdalena Ruiz (Madrid), Eduardo Ruiz (Vigo), Antonia Rey (Madrid), Elvira Ro-

mán (Vigo), Josefina Rodríguez Gómez (Valladolid), Manolo Roble (Madrid), Carmen Ruiz (Avila), José Rodríguez (Madrid), Carmina Rodríguez (Lugo).

Marina Rodríguez (Valladolid), María Rubio Larrañaga (San Sebastián), Matilde Roldán (Madrid), Blanquita Redondo (Madrid), R. Salazar Soto (Alicante), Diego Suárez Bárcena (Madrid), Rafael Sendín (Madrid), Miguel Serrano Sánchez (P. N. del Terrible), José Serrano Cubillo (Sevilla), Miguel Sánchez González (P. N. del Terrible), Eliseito Saludes (Valencia), Saturnino Serrano (Valladolid), José Sánchez (Madrid).

Luis Sánchez Gómez (Madrid), Paz Sanz (Madrid), Antonia Sanz (Madrid), José María Soler (Madrid), Felipín Santos Zubiaurr (Logroño), Mercedes Saavedra (Madrid), Vicente Sayos Bort (Valencia), Manuel Ternerero (San Sebastián), Ramiro Tullenque (Zaragoza), Pepita Torralba (Zaragoza), Leopoldo Urrutia (Valladolid), Mari-Tere Urrutia (Valladolid), Pablito Warfelmam (Madrid), Antonio Vega de Seoane (San Sebastián), Covadonga Valdés (Calatayud), Manuel Vázquez (Vigo), Leandro Valles (Huesca), Santiago Vidarte (Salúcar la Mayor), José María Xandru (Barcelona), Miguel Alvarez (Madrid), Luis Alvarez Goicoechea (Madrid).

Miguel Angel, Silvestre Sánchez, Elisa Arnau, María Villarroya, Lolita Alino Sestor (Valencia), Luisito Arrizabalaga Moriones (Zaragoza), María Josefa Aladréu (Zaragoza), Manuel Alvarez Beltrán (Barcelona), Tomás Archilla (Madrid), Manuel Adovás, Ramón Sánchez González, Rosita Arostegui (Washington), Isabel Alias Pazos, José Andrés Setier, Antonio Basagoiti, Margarita Villena, Conchita Bonii (Madrid), Pilar Borrego (Sevilla), Heriberto Barrera, Jorge Tomasi, Baby, Pepito Sánchez y Sánchez, Antonio Barta (Madrid), Paquito Bullido, Gabriel Berné, Carmen Sandoval, Cristina R. Cuesta, Antonio Torres, María del Coro Clavero, Joaquín Carmona, Mari-Tere Ulargui, María Luisa Cabanillas, Magdalena Colivo, Francisco Cabrero y Torres, Fernando Campo (Mieres), Mon-loza Castillo (Madrid), Alvaro Caro (Madrid), Juanito Díez (Madrid), Miguel Dóriga, Pepito Lillo, Mercedes Dafaue, Carmen Tegero, Donate, Pilar Velarde, Enrique Peláez (Barcelona), Carlos Furiz, Antonio Vildasola, Julax Forster, Amparito Zoco.

Vicente Rayos, Ana María Fernández, Luis Ferris, José R. García (La Vega, Duverge, R. P.), Jenaro Harzau, Cristina Ruiz, M. Infantes, Carlos Iglesias, Alfonso Inigo y Rodríguez, Mariano Inue, Alberto y Carlos Lamela (Madrid), Gonzalo López, Arcadio Roda, Pepito López Ocaña, María Ribas, Armando Llaurodo, Alberto Rodríguez Regidor, Antonio Rivera Salvatore (Madrid), Carlos Luis de Cuenca (Madrid), Rosario Moretón Merino, Pepin Ruiz Villa, Morán Gutiérrez, Federico Montoya, Juan Mediavilla, Felipe Madrigal, Fernando Moragas, P. Romero, Pilar Moret, Pepita Núñez, Manuel Nieto Molina, Juana Román, Maribel Nestare, Carmelo Porta, Ricardo Nieto (Orense), Osorio Pinilla Olea, Angel Pérez, Aurelio Pérez, José Puchol, Lorenzo Pinto, Carmen R. Amores, Salvador Rua, Emiliano Rodríguez, Juan Manuel Sánchez, Angel y Carmen Molina Omaña, Esperanza Morán.

## CORRESPONDENCIA

En esta sección contestaremos a cuantos nos consulten por escrito. Pero tengan en cuenta los que nos escriban que la contestación a sus cartas tardará en publicarse aproximadamente un mes, por necesidades impuestas por la confección del periódico. Eso sí, *contestaremos a todo el mundo.*

**Para muchos concursantes.** (Madrid, Barcelona, etc. etc.).—Algunos concursantes, al remitirnos sus trabajos, se esfuerzan por garantizar de muchas maneras su edad exacta. Tranquilícense, por el pronto, los aludidos Pinochistas. Por ahora, con remitirnos la edad, sin más garantías, basta. Sólo en caso de obtener premio habrán de acreditar los años, y entonces, con las más seguras, firmes y convincentes garantías.

**E. D. Bardelli.** (Buenos Aires).—Tu amable carta nos demuestra cuántos amigos tiene Pinocho en la Argentina. Tu amistad, desde luego, es de las que más honran al héroe, pues por tu cuento, que publicaremos lo más pronto posible, advertimos que eres un niño de muchísimo talento. «Quiero, señor, demostrarte —nos dices en tu carta— que usted no sólo en España tiene amigos, ¡cuánto te agradece Pinocho, querido Bardelli, esta sinceridad tuya, tan cariñosa! ¡Y cuánto siente que tus cálculos referentes a la fecha de la publicación de tu obra no hayan correspondido a la realidad! porque tú no sabes, no puedes imaginarte qué trabajos hace Pinocho, cómo se esfuerza en complacer a cuantos colaboradores llaman a la puerta de su periódico. Y tú no sabes tampoco, no puedes darte idea cómo se apilaron en la Redacción de la revista, en un principio, cuentos y chistes, dibujos y colmos. Era imponente. Pinocho no podía soportar la impaciencia de sus amigos y, con gran generosidad, procuró dar páginas y páginas de colaboración infantil hasta llegar a satisfacer el deseo de los colaboradores. Y tu cuento... ¿Cómo íbamos a publicarlo en el número 9, si tu carta y tu cuento llegaron a nuestras manos a mediados de junio? Hemos procurado, en la medida de nuestras fuerzas, avanzar su publicación. Hemos hecho todo lo que Pinocho es capaz de hacer por ti, querido E. D. Bardelli. Tú sabrías comprenderlo así, ya que, como afirmé antes, eres un chico de muchísimo talento.

**José Pérez Siverio.** (Tenerife).—Querido Pepe: Somos, desde que leímos tu carta, grandes admiradores de tu ingenio. Tu epístola, a decir verdad, es una maravilla. Pero... ¿No lo sabías? Aún no hemos dado en nuestro periódico je-roglíficos ni adivinanzas. Tu carta, que tiene aquel carácter, no podemos pu-

blicarla. Sin embargo, como ella nos demuestra que eres un gran dibujante —¡son tan pequeños tus dibujos, que tampoco podemos darlos!— te pedimos nos remitas nuevos trabajos, seguros de que alcanzarás gran éxito.

**Pedro Muñoz Pérez.** (Albacete).—He recibido tu carta, juntamente con tus estupendos dibujos. Es verdad que publicaremos cuantos trabajos recibamos, siempre que, como los tuyos, estén bien. Pero hay colaboradores tan entusiastas y a la vez tan fecundos, que en una sola carta nos remiten cuatro o cinco cuentos, diez o diez y seis dibujos. Como comprenderás, querido Pedro, sería injusto llenar una sola página de PINOCHO con sólo dos de estos colaboradores. Por eso, cuando recibimos en tal abundancia dibujos y cuentos de un solo autor, nos vemos obligados, por cariño a los demás colaboradores, a un trabajo de selección y, por consiguiente, de exclusión. Elegimos entonces lo mejor, y rechazamos, como es lógico, lo peor. En esta ocasión nos remites tú, grande y fecundo dibujante, una multitud de dibujos. Todos saldrán, querido Pedro, si no tuvieras a tu lado, delante y detrás de ti a muchos más colaboradores. Por esto elegimos tres, los tres mejores, los tres más hermosos y admirables de tus dibujos.

**Alfonso de Con del Dago.** (Villaviciosa).—Me preguntas en tu carta cuándo concluirán las «Aventuras de Cabeza de Piedra», pues tanto te entusiasman, que deseas, una vez que terminen, encuadernarlas. La verdad, no puedo contestarte con certeza en qué número acabarán aquellas aventuras. No puedo satisfacer tu curiosidad, y lo siento. Únicamente puedo decirte que aun faltan una porción de números para que finalice esa admirable novela, que tanto te gusta.

**Victor Yanes Pérez.**—Tu cuento está bien, pero es muy largo. Pasa de las cuarenta líneas.

### ADVERTENCIA

Advertimos a los Pinochistas que los dibujos, cuentos, chistes e historietas que nos remitan como colaboración, no serán publicados si no vienen acompañados de los nuevos cupones de concursos. Desde este momento quedan anulados los cupones anteriores.



# COLABORACION INFANTIL



El elefante Canuto quiere salirse de bruto, y por eso está estudiando y con la trompa pensando.



Mas cierto día Gavito va y le da con un palito, pues este niño es muy [bruto] y tiene envidia a Canuto.



Canuto piensa paciente algo que al niño escar[mente].



Y mete en tinta la [trompa], que chupa más que una [esponja].



Y cuando está distrai[do] una ducha le ha metido.

ELENA OLANO.



—¿Es de usted ese per[r]ito?  
—Sí, señor.  
—Pues no se parece a usted.

MARIANO BARCIA.  
Córdoba.

## Los tres niños.

Era una vez tres niños: uno se llamaba Pepito, el otro Manolito y el otro Nicolasio.

Un día se fueron al monte en busca de mariposas, y los tres niños llevaron redes, y llegados al monte, vieron una mariposa. Los niños, al verla, echaron tras de ella; pero la mariposa se fué elevando hacia el cielo. Los niños, al ver que se iba elevando hacia el cielo, se pusieron a llorar; pero la mariposa, en seguida que supo que los tres niños estaban llorando, se fué hacia ellos, que la encerraron. Los tres niños querían regresar a su casa, pero estaban perdidos. Entonces la mariposa se convirtió en una señora y los llevó a su casa.

DIEGO BENÍTEZ DE LUGO.  
Tenerife.

## CHISTES

¿En qué se parece un huevo a un dedo?

¿...?

Pues en que los dos tienen yema.

ALEJANDRO BLOND.  
Nueve años. Madrid.

¿Cuál es el colmo de un electricista?

Tener la americana llena de lámparas?

Cuál es el colmo de un carpintero?

Tener una chica «traviesa» y un perrito que menee la «cola».

JUAN HIDALGO.  
Doce años. Cabeza del Buey (Badajoz).

Cuál es el colmo de un limpiabotas?

Untar los zapatos con crema de pastel.

ANTONIO GARRIGA MARTÍ.  
Once años. Madrid.

¿Cuál es el ave más difícil de encontrar?

El l...ave...rinto.

EDUARDO RÓDENAS.  
Nueve años. Madrid.

¿Cuál es el colmo de un joyero?

Hacer una pulsera con el Río de la Plata.

¿Cuál es el colmo de un carpintero?

Clavar con la Punta de Tarifa.

CARLOS GÓMEZ LACAZETTE.  
Nueve años. Oviedo.

—¿Cuántos años tienes?

—Yo tengo nueve.

—Pero si solo representas seis.

—Sí, pero es que si me pongo cabeza abajo y pies arriba, tengo nueve.

ANTONIO GARRIGA.  
Once años. Madrid.

¿Cuál es el colmo de un cuillero?

Hacer una navaja de mar.

¿El de un carpintero?

Construir el banco... de España.

¿El de un guardia municipal?

Llevar a la «Preven» un golfo... de mar.

PEDRO MUÑOZ PÉREZ.  
Catorce años. Albacete.

¿Cuál es el colmo de una cocinera?

Hacer de la falda de una señora una pa... ella.

¿Cuál es el colmo de un pintor?

Pintar de azul el mar Blanco.

¿Cuál es el colmo de una costurera?

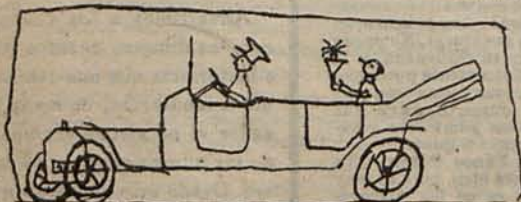
Coser las faldas de una montaña, con la aguja de una vía y un cabo de vela.

EDUARDO PIÑAR Y MIURA.  
Nueve años. Sevilla.



Refrescando.

RAFAEL GARCÍA.  
Trece años. Alicante.

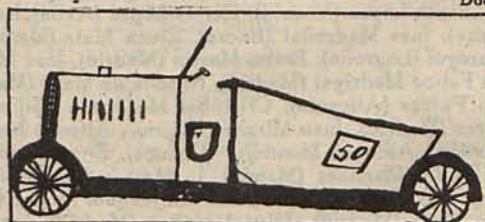


El auto de mi hermano Carlos el día que lo probó.  
FERNANDO M. VARA DE REY. Barcelona.



El chino pescador.

LUIS SÁENZ.  
Doce años. León.



Mi auto.

JUAN JOSÉ LÓPEZ.  
Ocho años. Madrid.

## CHISTES

¿Cuál es el colmo de una cocinera?

Pedir a su señorita una falda para hacerse una pa... ella.

Otro colmo de una cocinera. Tirarse desde un piso quinto para hacerse una tortilla.

NIEVES DUPÉRIER.  
Once años. Madrid.

¿En qué se parece un hombre a un aeroplano?

En que el hombre tiene sesos y el aeroplano se sos... tiene.

¿Cuál es el colmo de un estudiante?

Vender los libros para comprar calabazas.

¿En qué se parece una camisa a un coche de punto?

En que los dos son de punto.

ALVARO LINARES-RIVAS LUCEÑO.

El colmo de un cirujano: Operar una película amputando sus principales órganos

SERGIO TREVIANO.  
Diez años. San Sebastián.

¿En qué se parecen un hombre con sabañones y un pescador?

En que los dos tienen esperanzas de que piquen.

CONSUELO F. ESTRADA.

¿Cuál es el colmo de un pescador?

Pescar el premio gordo.

¿Cuál es el colmo de un arquitecto?

Hacer un castillo en el aire.

¿Cuál es el colmo de un confitero?

Endulzar la vida.

MERCEDES LAFFITTE.  
Sevilla.

La señora.—La advierto que sólo doy 50 reales.

La criada.—Pues yo no me quedo por menos de dos duros.

En el café.

Un señor que va con su hijo (al camarero).

Un café «solo».

El niño (que es muy miedoso), ¿y no te da miedo?

JUAN M. FANJUL.  
Madrid.

## Los apodos.

Ahi le traigo a esos malvados.

—¿Quién son ustedes?

—Yo, el conejo.

—Yo, la perdiz.

—Guardias. ¿No saben ustedes que estamos en tiempo de veda?

## La señora al criado.

—Ve a comprar al niño un perro.

—¿Blanco o negro?

—Negro, muy negro, dice el niño, —¿no ves que estamos de luto?

EMILIANO ALONSO MORENO.  
Trece años. Albacete.

¿Cuál es el colmo de un astrónomo?

El ver las estrellas en el cielo de la boca.

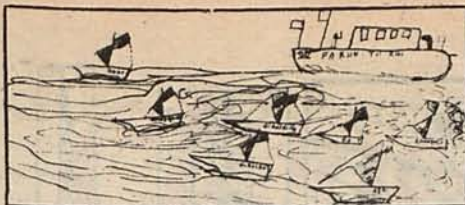
El colmo de un guardia: Denunciar a las nubes por mojar a los transeúntes.

¿Qué sucedería si las locomotoras llevaran cuello y corbata?

Pues... que «chocarían».

LUIS URANGA.  
Once años. San Sebastián.





Regatas de balandros en Santander.

PILAR L. DÓRIGA  
Nueve años. Santander.



COCA (Segovia).—Puerta antigua de las murallas.

JOSÉ LUIS REVILLA.  
Doce años. Sevilla.

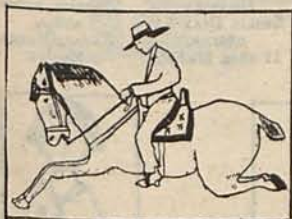


Soldados del Tercio.

HAZARÍ MARTÍN.  
Diez años.

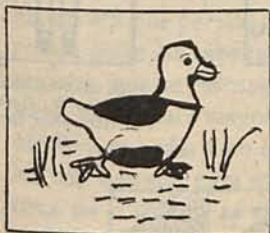


—¿El colmo de Carlos V? Meterse a quinto.  
HERMENEGILDO GARCÍA.  
Siete años. Málaga.



Cañero en su jaca.

RAFAEL CASCÓN.  
Once años. Salamanca.



El pato de mi jardín.

VÍCTOR C.  
Ocho años. Cangas de Onís.



De Miguel.

FERNANDO CAMPOS HERRERA.  
Sevilla.



Alcántara.



Un simpático ternero.

JOSEFINA PIÑEIRO.  
Trece años. Madrid.



La escuela de mi pueblo.

PABLO ROSAL.  
Ocho años. Rafaela (Santa Fe).



Dentista famoso.  
M.<sup>a</sup> LUISA GONZÁLEZ TEULÓN.  
Once años.  
Los Molinos (Cartagena).

### La Nochebuena de los muebles.

En un pueblo, cuyo nombre no recuerdo, había un niño llamado Pedrín, que era muy travieso. Estaba jugando con sus amigos la víspera de Navidad y éstos le dijeron: si entras esta noche en tu cuarto muy callando, verás qué sorpresa te llevas.

Por la noche Pedrín al ir a acostarse entró muy callando y vió que los muebles estaban hablando. Entonces se dirigió al salón y vió que el piano tocaba solo, los muebles bailaban y los cuadros y demás objetos hablaban. El piano, después de tocar un vals y jota, paró, y lo mismo los demás muebles, quedando la sala en profundo silencio. El sofá avanzó hacia el centro y dijo: Es un abuso lo que se hace con nosotros, como por ejemplo: aquella señora que vino ayer con una pluma encarnada en el sombrero y que se sentó encima de mí. Debemos, pues, proclamar la República y escondernos en el desván. Todos los muebles accedieron y lo proclamaron presidente.

El sofá ordenó que se pusieran en fila y así lo hicieron. Ya empezaban los muebles a salir por la puerta del salón, cuando en la calle se oyó un ruido... Era la gente que venía de oír la misa de gallo. Cada mueble se fué a su sitio en el más profundo silencio, y en estos términos habló el sofá: Nuestra Nochebuena se ha terminado, pues ya viene la gente de misa; el año que viene, en cuanto den las doce, si estamos juntos, continuaremos la República. Ahora que todos callen para que no se descubra nuestro secreto.

Al día siguiente, Pedrín lo refirió a sus amigos, que se quedaron sorprendidos, pues solo le habían dicho: llevarás una sorpresa, para burlarse de él, y no sabían nada.

VÍCTOR FERNÁNDEZ.  
Once años. Gijón.

### El par de zuecos.

Desde que la vida es tan cara, José y María no están tan mimados como antes; la economía se ha vuelto una necesidad. Es en vano que José quiera un barco con velas y María una cuna de muñecas. Su madre les ha dicho que se resignen con los juguetes que tienen. El hermano y la hermana han ido a pasar las vacaciones al campo de su abuela. Divirtiéndose en el granero encontraron un par de zuecos de hombre en buen estado.

—¡Qué bonito barcol, dijo José.

—¡Qué hermosa cuna!, dijo su hermana.

Su abuela consiente en darles los zuecos y los dos niños se van al monte al lado de un río, ocupados los dos en arreglarlos, uno en barco y otro en cuna.

Un viejo pasó a su lado y les pidió la caridad; los niños le dieron algunos céntimos. El hombre les dió las gracias, pero al irse murmuró: ¡Vaya un buen calzado!

El hermano y la hermana le oyeron y vieron como el viejo iba descalzo.

Los dos se miraron pensativos al pensar en el sacrificio. Pero cogiendo cada uno un zueco se lo llevaron al viejo, que les llenó de agradecimientos.

—¡Vale más que una cuna!, dijo María.

—¡Y que un barcol, dijo José.

Y contentos los dos empezaron a jugar.

DIEGO CHICO DE GUZMÁN.  
Diez años. Madrid.

### La cabra montesa.

Era una madre que tenía muchos hijos. Un día les dijo: Mirad, tened cuidado del lobo, pues yo voy a salir para hacer unas compras y no abráis la puerta a nadie hasta que yo vuelva.

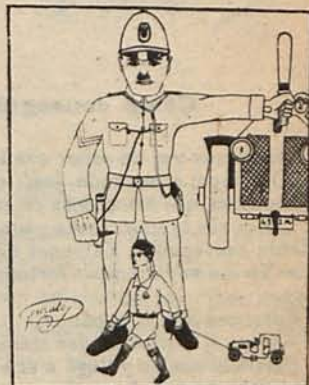
No hacía mucho tiempo que se había marchado la madre, cuando llamaron a la puerta: —¿Quién es?, preguntaron los cabritos. —La madre que viene a casa—. Y respondieron los cabritos: —Enseñanos la patita—. El lobo asomó la pata por la puerta, y era muy negra. —No, nuestra madre tiene la pata blanca—. Y se fué el lobo. Al poco rato llaman a la puerta: —¿Quien es?, preguntaron por dentro —La madre, que viene a abrazaros. —Enseñanos la patita. — El lobo enseña la pata blanca, porque había ido a un molino a untársela de harina. —Entra, entra.

El lobo entró, se comió todos los cabritos, menos uno, que se metió en la caja del reloj. Luego viene la madre, y sale el cabrito del escondite, y le dice: Madre, madre, el lobo ha comido a todos mis hermanos. —La madre le dice: —¿Por qué le habéis abierto la puerta? —Yo no sé nada.

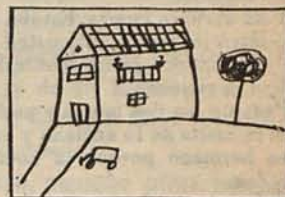
Luego, coge la madre unas tijeras, agujas, hilo, y se va a buscar al lobo, que estaba durmiendo en el bosque. Le abre el vientre, y salen todos los cabritos bailando. Después le mete unas piedras grandes para que le hagan peso, y le cose otra vez.

Cuando se despertó el lobo tenía mucha sed, y se fué a un pozo. Fue a beber y las piedras le pesaban mucho. Rodó, se cayó al pozo y se ahogó, y los cabritos y su madre se fueron a casa todos muy contentos. Colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

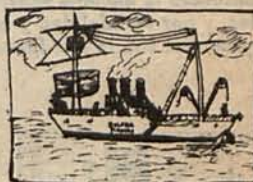
CRISTINA ULARGUI.  
Trece años.



¡Hasta los gatos quieren zapatos!  
GONZALO GONZÁLEZ SANCHÍS.  
Trece años. Madrid.



Caserío vasco.  
X. X.—Once años. San Sebastián.



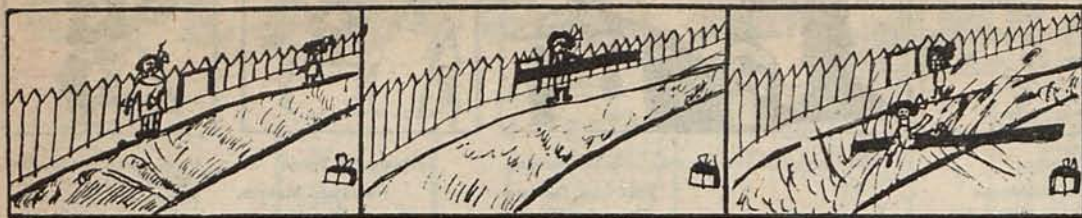
El vapor de Pinocho.  
LUIS GARCÍA VIDAL.  
Once años. Alicante.



Historieta muda.  
ANÍBAL GONZÁLEZ.  
Diez años. Sevilla.



## HISTORIETA MUDA



AMELIA PALOMO.  
Diez años. Guadalajara.



Un lector.  
EMILIA DÍAZ-AR-  
GÜELLE.  
11 años. Madrid.



Casimiro, astrónomo.  
RAFAEL BAENA.  
Huelva.

### Cómo conseguir una hermanita.

Había una vez un señor que tenía cinco hijos. El mayor se llamaba Domingo; el segundo, José; el tercero, Pablo; el cuarto, Ramón, y el quinto, que era el más chiquito y listo, se llamaba Juan.

Los papás tenían mucha gana de tener una chiquita; pero no pudieron conseguirlo. Entonces dijo el mayor:

—Yo me voy a buscar fortuna y una hermanita, aunque sea adoptiva.

Entonces dijo el papá:

—Pero si dentro de dos meses no vienes, no te tomo en cuenta.

Partió el mayor y llegó a una casita que había en la montaña y tocó: ¡tún, tún, tún!

—¿Quién es el que llama?

—Yo, que ando buscando fortuna y una hermanita.

—Adelante.

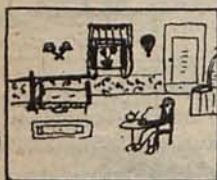
Y se abrió la puerta. Estaba allí una anciana enferma, que le dijo: —Buen joven, ¿podría usted quedarse aquí para cuidarme? —Con mucho gusto—contestó Domingo—. Y se quedó sirviéndole a la viejecita.

Pasaron los dos meses y partió el segundo, y lo mismo pasó: llegó a la casita de la anciana y entró a su servicio; pero no reconoció a su hermano porque la anciana le había puesto una máscara muy fea.

Así pasaron dos meses, y dos meses, y dos meses, y le tocó el turno al menor, y se encontró la misma viejecita.

Entonces la anciana señaló un cofre lleno de oro y se lo regaló a todos, y por su fidelidad y cariño también les regaló una hermanita muy bonita, con la que fueron a su casa y vivieron muy felices.

VIRGINIA ZÚÑIGA IRISTAIN  
Diez años. Costa Rica.



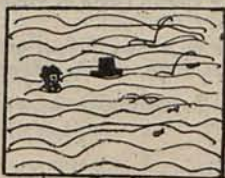
Don Cipriano se levanta muy temprano.



Y es que quiere gozar de las delicias del mar.



Se sienta en una orilla a comer pan y tortilla



Y mirad cómo ha quedado don Cipriano remojado.

PEPITA VALLVÉ.  
Catorce años. Madrid.



—Oye, ¿tienes ahí cinco pesetas?  
—No.  
—¿Y en casa?  
—Todos buenos, a Dios gracias.



—Le advierto que soy sordo.  
—Y yo también.  
—Así nos entenderemos mejor.



—Usted no debiera beber vino, sino leche.  
—Aguardaré a que las vacas coman uvas.

JUAN HIDALGO.

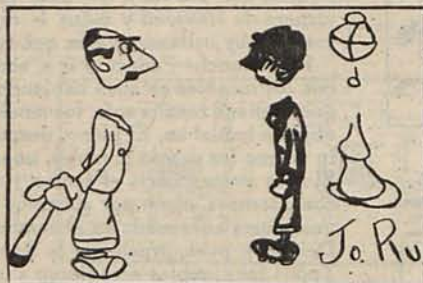


Iba un día un chavalito fumándose un buen purito.

Y a su papá se encontró, que una paliza le dió.

Desde entonces al chaval los puros le sientan mal.

M. HERAS.  
Doce años. Madrid.



—¿Es cierto que anoche te dieron una bofetada?  
—Fíjate como estoy.

TIMOTEO SÁNCHEZ.  
Catorce años. Sevilla.



Mi muñeca Lulú.  
JULIÁN Y. RUIZ.  
Ocho años. Sevilla.



Pinocho y Chapete.

JUAN GUILLERCEN.  
Diez años. Madrid.

### Cuento.

Erased un matrimonio que tenía tres hijos: dos niños y una niña. Salieron de paseo y al poco rato vieron que venían muchos caballos, que se alejaron pronto de ellos. Después apareció uno solo, que dando una patada en la pared se convirtió en una mujer muy fea, que era una bruja muy mala y les pidió algo que comer, y ellos le dijeron que no tenían, pero le dieron un duro. Entonces dió otra patada en la pared y se encontraron todos en una cueva muy grande; echaron a correr y un hijo cayó en la casa de un león; otro, en la madriguera de un lobo, y otro en la de una zorra, y los pobres padres, desconsolados y despavoridos, se marcharon a su casa, donde por arte de encantamiento encontraron sus hijitos sanos y salvos por haber hecho un bien sin saber a quién.

Y colorín colorado, este cuento ha terminado.

LEOPOLDO FAJARDO BAÑOS.  
Ocho años. Valladolid.

### Cuento.

En un pueblo cuyo nombre no recuerdo había un león que mataba a mucha gente, y dijo el Rey que quien se atreviese a matarlo se casaría con su hija. Se presentaron muchos; pero todos fueron comidos por el león. Después se presentó un joven, y cuando iban a darle muchas armas, él dijo que sólo quería una escopeta. Cuando dijo aquello la gente creía que estaba loco. Llegó a la selva, en seguida salió el león. Entonces el joven, cogiendo la escopeta, le hizo un disparo con tal acierto, que le dió en la cabeza y lo mató. Entonces se fué al pueblo, y cuando llegó y dijo que había matado al león, todo el pueblo se alegró mucho. Entonces el Rey le dió su hija para que se casase con ella y la boda se celebró con mucha pompa y alegría.

PAQUITO BULLIDO.  
Siete años. Zaragoza.

### Las botas de Don Gervasio.

Pues, señor: Esta vez era un pueblo que vivía de la agricultura, y en él había un señor que dijo a un amigo suyo:

—Cuando me rechinan las botas, llueve.

Hacia mucha falta que lloviera y el amigo lo publicó por el pueblo, y al día siguiente el pueblo en masa estaba en la puerta diciendo:

—¡Que le rechinen las botas, que le rechinen!

Y el señor dijo:

—¡Pero, hombres, no seáis brutos: cuando no me rechinan las botas, llueve!

Casi se lo comen.

ENRIQUE GONZÁLEZ.  
Diez años. Perrunal (Huelva).



# Chonón se hace Rey

I

Chonón era un niño demasiado soñador, que vivía en una nación llamada Solidia. Realmente, si no se levantaba temprano, no era por pereza; era como esos otros niños que se acurrucan entre las sábanas, que meten el hociquito debajo del embozo, que se restriegan de bienestar las manos dentro del lecho y que para mayor comodidad embotan el cerebro y no piensan en nada, si no en volver a dormir, cuando sus criadas los han llamado para que empiecen a estirar sus músculos, se tiren de la cama y se encaminen al baño.

Chonón agradecía que le llamaran temprano, porque así tenía más tiempo para soñar despierto metido en la cama... ¡Y qué sueños!...

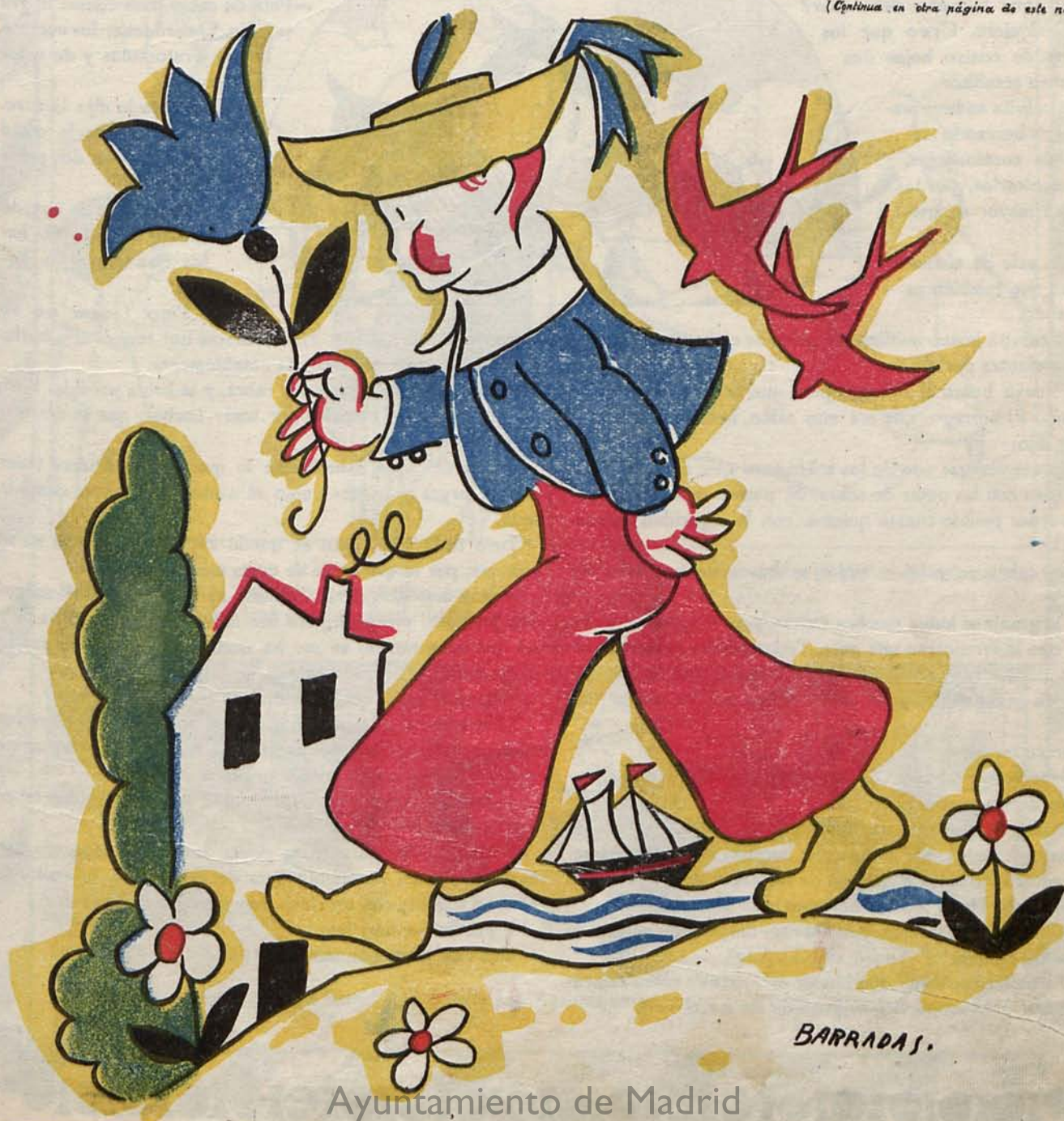
Si él tuviera una Varita de la Virtud, pensaba, iba a pedir la una ganadería de toros bravos; pero pequeños, del tamaño de un perro grandecito, con los cuernos afilados y los resoplidos casi formales. Y todo ello estaría en una finca espléndida, donde habría una pequeña placita de torear. Y Chonón se llevaría a los amigos, en grandes fiestas semin infantiles.

Además la pediría unos automovilitos pequeños, que marcharan a buena velocidad. Y una casa de fieras, donde todos los bichos —elefante, león, tigre, camello— tuvieran un tamaño proporcionado a la estatura del niño.

Chonón no quería pedir a la Varita de la Virtud que él se hiciera grande, y así todo estaría de su tamaño natural. Lo que quería él era que las cosas se hicieran de su tamaño para tener un pequeño mundo a su alrededor.

Si él tuviera un duro misterioso, pensaba otras veces, que

(Continúa en otra página de este número.)





# HISTORIAS DE ANIMALES

## LA PATA DE CABRA

Hay quien nace con buena suerte y, en cambio, hay otros a los que todo le sale mal, por lo que suelen estar muy poco satisfechos.

Lucero, la cabrita, se tenía por desgraciada, y cada instante había de lamentarse de su poca fortuna. Entre las cosas que la tenían preocupadísima era una de las más importantes el no encontrarse tan bonita como otras cabras de la granja, que tenían pelo más lustroso, cuernos más retorcidos y barbas más largas. Lucero se encontraba fea, y cada vez que se veía en el espejo de la fuente hacia subir el nivel del agua con sus lágrimas desconsoladas.

—¡Soy fea! ¡Soy fea! En cambio, otras son más hermosas que yo. ¿Qué razón hay para esto?

Tanto y tanto se quejaba de su sino, que un borrego le aconsejó que utilizase algún talismán para atraer la suerte.

—¿Está usted seguro de que con un talismán conseguiré lo que deseo?

—Segurísimo.

—¿Y qué talismán debo usar?

—Cualquiera. Creo que los tréboles de cuatro hojas dan muy buen resultado.

Y la cabrita anduvo muchos días buscando tréboles de cuatro hojas, sin encontrarlos, por lo que fué mayor su tristeza.

—Un pelo de elefante creo que también es estupendo.

Y la cabrita buscó inútilmente pelos de elefante, porque no había elefantes por allí.

De nuevo buscó al borrego para que le recomendase un talismán. El borrego, que era muy sabio, buscó entre sus libros y dijo:

—Parece ser que uno de los talismanes que mejores virtudes tienen son las patas de cabra. Si posees una pata de cabra, puedes pedirle cuanto quieras, con la seguridad de conseguirlo.

Y la cabra se echó a andar en busca de una pata de cabra.

En la granja sí había muchas cabras, pero ninguna se quiso dejar que le arrancaran una pata. Todas ponían pretextos; algunas decían que, si acaso, lo pensarían y más adelante. Pero, en realidad, ninguna cabra quería dejarse cortar una pata.

¡Parece mentira!

Lucero volvió a buscar al borrego para decirle el mal resultado de sus gestiones.

—Nadie me quiere dejar una pata de cabra. Ninguna de mis mejores amigas me ha querido hacer el favor de dejársela arrancar. ¡Para que se fie una de las amistades!... Yo ya no sé qué hacer. Haría locuras por conseguir ese talismán.

El borrego no contestó, y la cabrita, después de pensar un momento, añadió:

—Es bien triste tener que buscar una pata de cabra teniendo cuatro. ¿No me servirá ninguna de las mías?

—Mientras las tengas puestas, no. Unidas al cuerpo no tienen ningún valor.

—Entonces, ¿si me arranco una pata, vale?

—Quizá sí. Con hacer la prueba no se pierde nada.

—Se pierde una pierna —dijo la cabrita. Pero tal era su capricho, que de buena gana se dejó arrancar una pata, y se quedó coja.

Cuando tuvo su pata de cabra le dijo:

—Pata de cabra, concédeme lo que te pido. Quiero ser blanca, con las crines un poco plateadas.

Y por arte de magia la cabra se convirtió en la más preciosa de todas las que había en la granja, con sus crines plateadas.

Cuando tuvo lo que quería, deseó tener los cuernos más retorcidos. Así encontraría quien se casase con ella. Buscó su pata de cabra, pero no la encontró. Se la habían robado.

Entonces se tuvo que arrancar otra pata para pedir.

—Pata de cabra, concédeme lo que te pido. Quiero tener los cuernos largos y retorcidos y de color de coral.

En cuanto lo dijo lo tuvo. Claro es que le costó quedarse con dos patas nada más.

Pero, eso sí, cuando estaba sentada no había otra cabra tan bonita.

Pero Lucero no se

contentaba con aquello. Había cabras que tenían más barba que ella, y esto las embellecía notablemente.

Buscó su segunda pata de cabra, y la había perdido. Pero tan grande era su empeño por tener barbas, que se arrancó la tercera pata.

—Pata de cabra, concédeme lo que te pido. Quiero tener barbas largas y negras como el azabache y suaves como la seda.

Tuvo todo esto, pero se quedó sin tres patas y ya no se sostenía, por lo que nadie se quiso casar con ella.

—¡Soy muy desgraciada! ¡Nadie se quiere casar conmigo! Soy preciosa, preciosa, pero me faltan tres patas. Y la última que me arranqué se me ha caído al agua y ya no puedo pedir nada.

Y lloraba tanto, que las hormigas creían que llovía.

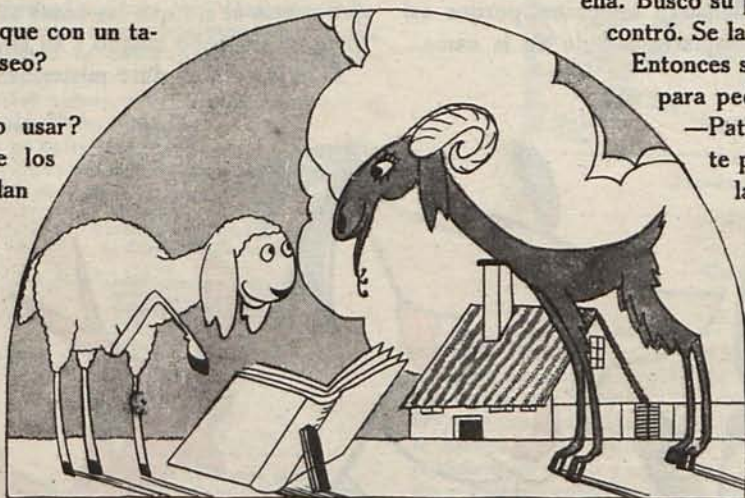
Pero tuvo una inspiración, que se le entró por entre los cuernos, por la mancha negra que tenía en el testuz. Se arrancó la última pata que le quedaba y dijo:

—Pata de cabra, concédeme lo que te pido. Quiero tener cuatro patas para poder andar.

Y tuvo cuatro patas para poder andar. Y como era tan hermosa y tenía una quinta pata de cabra para talismán, se casó en seguida con un chivo muy rico y muy elegante.

Y por fin fué muy feliz.

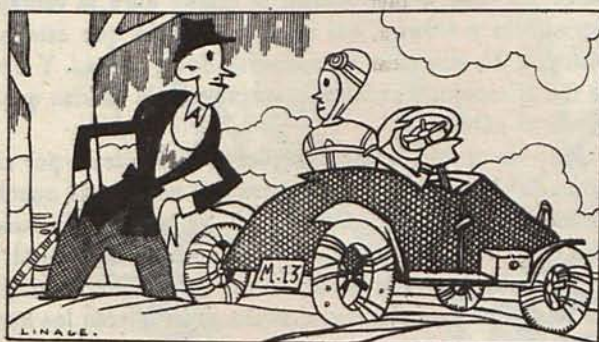
Más vale tarde que nunca.



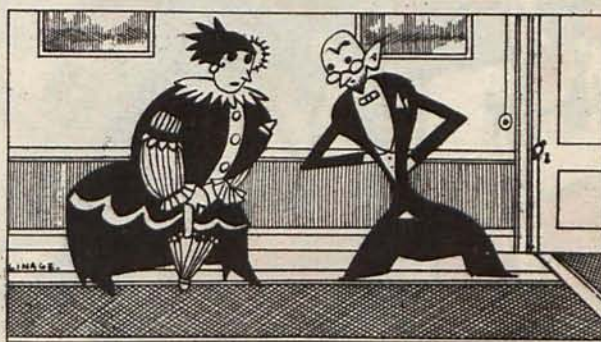


# CHISTES

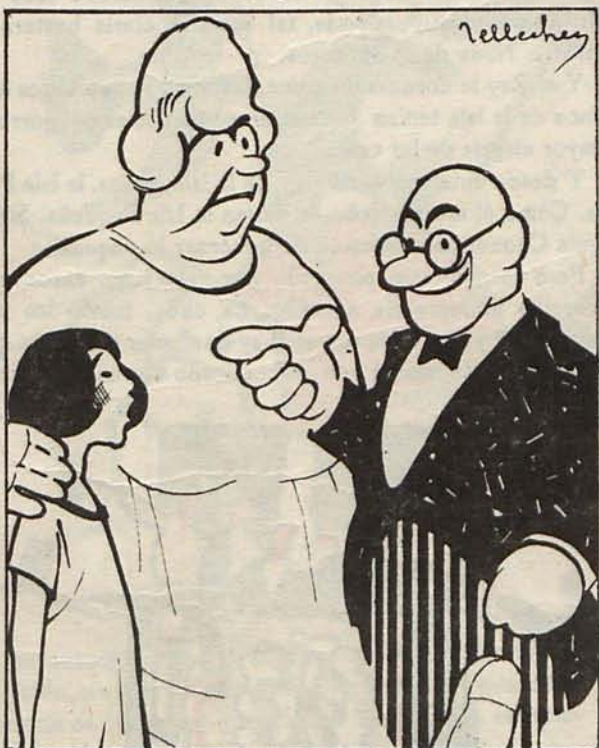
## B U E N O S Y M A L O S



—Mi «chauffeur» murió a consecuencia de un golpe...  
—¿Algún choque?  
—¡No!..., de un golpe de tos.



—Doctor: cuando ando diez minutos seguidos siento un gran cansancio. ¿Qué le parece que tome?  
Un coche, señora; un coche.



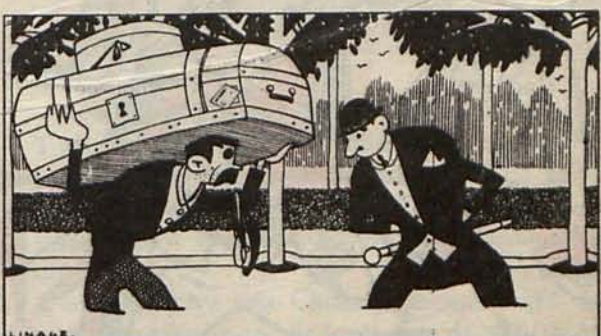
*El doctor.*—Lo que debes hacer, nenita, es mucho ejercicio; por ejemplo, todos los días, por la mañana, dar tres vueltas alrededor de esta señora.



*Ella (cantando).*—Me gusta tanto el canto, que quisiera ser pajarito...  
*El.*—Y yo, escopeta.



—Diga usted, ¿hay mucha agua en este estanque?  
—Ca; no, señor; ¿no ve usted por dónde les llega a los patos?



—Trabajando, ¿eh? ¿Te va bien?  
—¡No lo crea usted, señorito! Todo el día trabajando, pero no puedo levantar cabeza.





no se acabara nunca, en su salón de juego, que era bastante grande, se mandaría levantar tabiques de madera, habitaciones pequeñas, calles como pasillos, tejados, faroles en las esquinas...

Y cogía un pedazo de tiza de la pizarra y señalaba por el suelo la distribución: aquí, su casa, la más importante, con dormitorio, comedor y despacho; y en el despacho una mesa pequeña, un sillón, con almohadoncito y todo, y una librería con cien libros de cuentos. Aquí la casa de su amigo Chape-te; aquí, la de Jacobito, y aquí, la de Pinocho. Cada casa en una esquina de la habitación, y dos calles que se cruzaran.

Estos mundos de lo pequeño le gustaban tanto, y soñaba despierto tantos y tantos días, que cuando le daban un duro, probaba a ver si era el duro misterioso: lo dejaba en el cajón

de la mesita de noche; luego lo cogía y cerraba. Y cuando volvía a alzar, para ver si el duro estaba otra vez en el cajón de la mesita, no había nada... ¡Qué desilusión, Dios mío!...

Cuando Chonón se llevaba estas tremendas contrariedades después de un mes de soñar una cosa, empezaba con otra. Por ejemplo: si él fuera capitán de un batallón infantil...

Si él fuera capitán de un batallón infantil, llevaría a los paseos más concurridos todo su regimiento, y allí daría grandes voces de mando para que la gente le mirase a él.

Llevaría la espada tan limpia, tan brillante, tan plateada, que cuando la desenvainara, todo el público tendría que taparse los ojos, como cuando la criada abre la ventana del dormitorio y entra el sol en la habitación que estaba muy oscura. El, entonces, se sonreiría de la gente... Y Chonón se iba al espejo, y se miraba, y ensayaba la sonrisa que iba a lanzar al público.

Pero de pronto le daba vergüenza de sí mismo por estarse mirando al espejo con esa sonrisa que no llegaría nunca, y se ponía colorado, muy colorado... Y ya no volvía a soñar, en una temporada, con ser capitán de un batallón infantil.

Sin embargo, no le faltaba temas para soñar. ¿Y si él fuera un Rey? Por ejemplo, por ejemplo... que dijeran los heraldos del Rey de una isla.

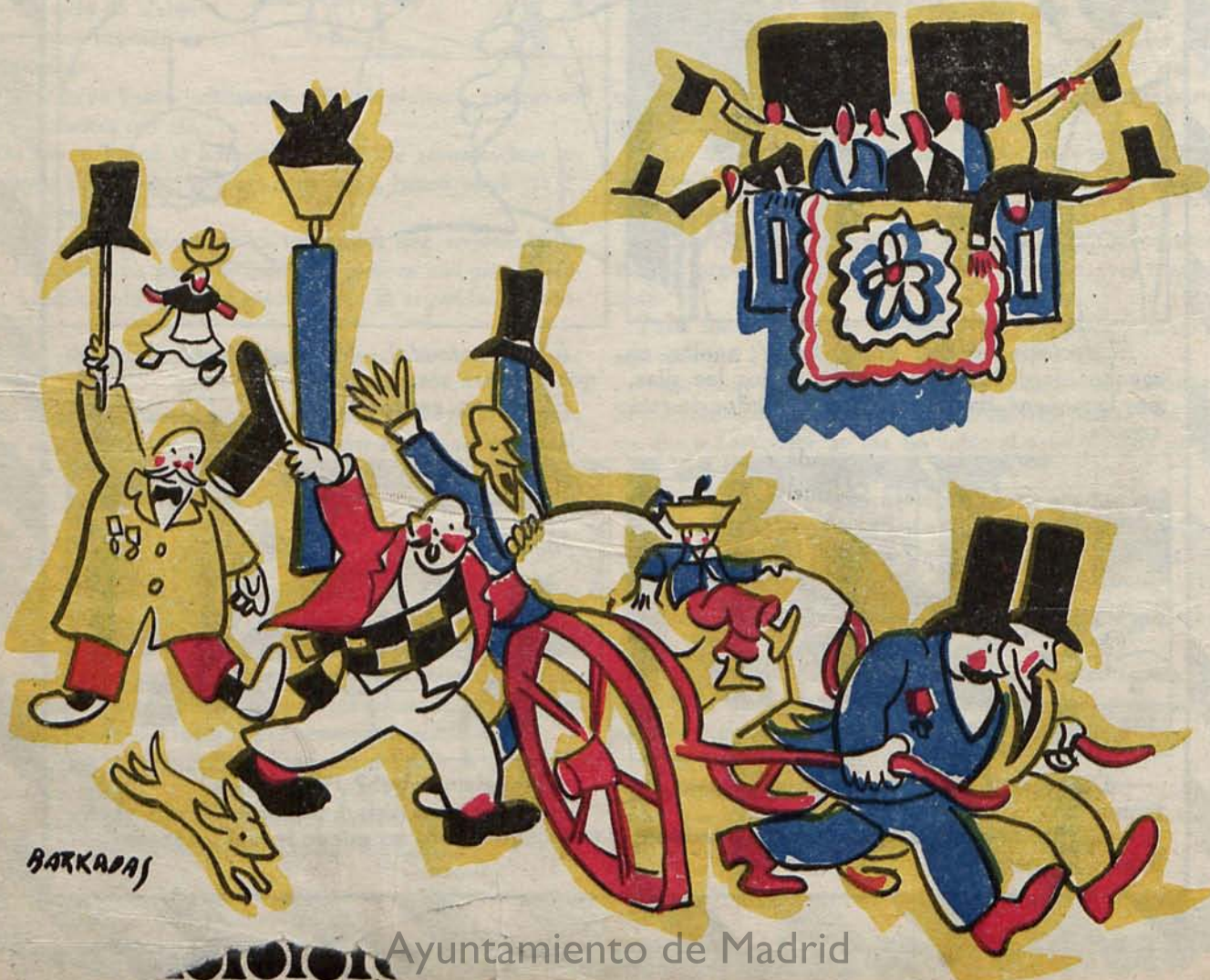
—El que encuentre en los campos la flor que cura el reuma, heredará la corona de la isla de al lado...

Chonón iría un día de paseo, le chocaría una flor azul... y tal vez en el olor mismo se conociera que curaba esos dolores tan pesados; y, además, tal vez con olerla bastara para curarse. Nada de cocimientos.

Y el Rey le coronaría en una fiesta, en la que todos los vecinos de la isla tenían que colgarse cascabeles del gorro para mayor alegría de las calles.

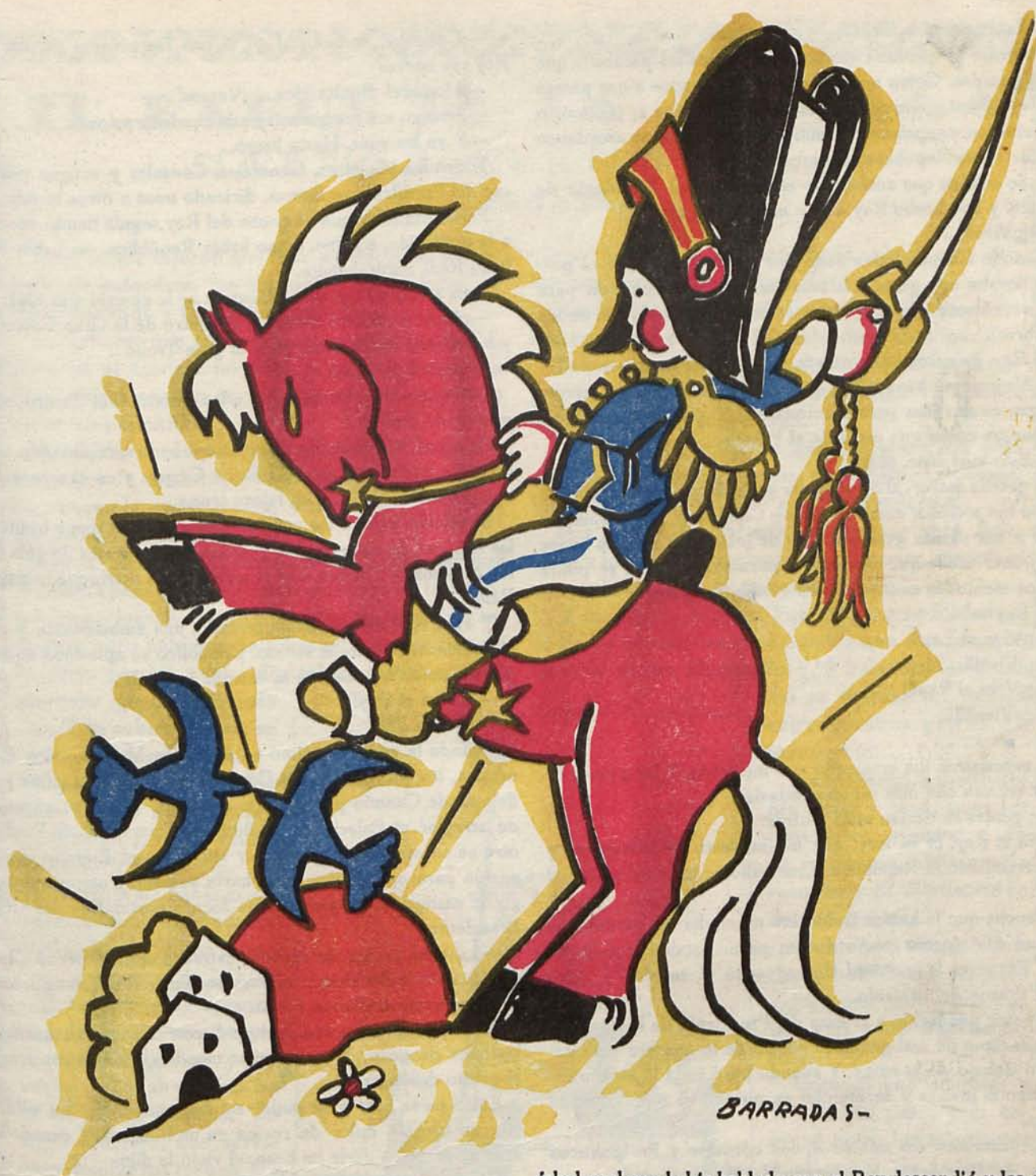
Y desde entonces sería Rey de la isla vecina, la Isla Pequeña. Como él era pequeño, le darían la Isla Pequeña. Siempre tenía Chonón esa obsesión de gobernar lo pequeñito.

Pero sucedió que, paseando por el campo, encontró una florecilla brillante de amarillo. La olió... movió los brazos para ver si ya no tenía reuma (hay que tener en cuenta que no lo había tenido nunca) y se fué corriendo a su casa a guardarla.



BARBAPAS





## II

Entonces sucedió algo extraordinario; extraordinario, sí; pero sin ruido, sin jaleo al principio. Chonón estaba paseando por el parque de la ciudad, y el parque estaba solo, completamente solo. Nadie paseaba a esa hora. Sólo él.

Y cuanto más paseaba, más suyo le parecía todo aquello tan solitario. Como los Reyes tienen grandes jardines para ellas solos, él empezaba a creerse Rey. La idea fué dominándole, dominándole, dominándole. Como si hubiera encontrado la flor del reuma.

Hasta tal punto le dominó la idea, que de entre unos matorrales de lilas apareció un guarda, que no saludó siquiera a Chonón.

Pero Chonón se volvió y dijo:

—Pero, oiga usted, ¿usted no sabe quién soy yo?

—No, hijito.

—¿Qué es eso de hijito? ¡Yo soy el Rey!

El guarda no había oído nunca hablar de cómo era el Rey, aunque sabía que hay niños reyes, y como el niño lo dijo convencido de que lo era, el guarda se quitó la gorra, se azoró, tropezó con un banco de piedra y salió corriendo, buscando al guarda mayor del parque.

Y como no le encontró de primera intención, se subió a la copa de un árbol, y con el cuerno de oro dió tres toques largos, sentimentales, tristes...

Todos los guardas, que eran catorce, acudieron al pie del

árbol, y el que había hablado con el Rey descendió y les dijo:

—El Rey de Solidia está paseando por el parque y no hay ningún guarda con él.

Todos se emocionaron tanto, que nadie se acordaba de nada, ni de cómo era el Rey de Solidia... ¡Pero cómo se habían de acordar, si en Solidia no había Rey!... Lo que había era Presidente de la República, que era un señor viejo, con barba, gafas y mal genio. Todo lo contrario que Chonón.

¿Quién se acordaba de eso, con la emoción que les producía tener que saludar al Rey?

El guarda mayor delante y los catorce guardas detrás empezaron a recorrer los caminos en busca del niño. Y por fin le vieron allá lejos.

—Aquél, aquél es—dijo el que había hablado con Chonón.

Y empezaron a correr, y cuando ya estaba cerca se pusieron en dos filas y le presentaron armas con las garrotas. El guarda mayor se aproximó, se arrodilló respetuoso, y dijo:

—Señor Rey: Con todo respeto nos ponemos a vuestros reales pies.

¿Para qué quiso más Chonón? Se aprovechó sin darse cuenta, del azoramiento y la ignorancia de aquellos hombres, que estaban encantados con ir al lado del Rey. Entonces hizo levantarse al guarda mayor, diciéndole:

—Mi general, levántese. Y todos estos jefes y oficiales que forman un estado mayor, que me sigan, exceptuando los dos más jóvenes, que irán delante, a bastante distancia, advirtiendo a la gente que va a pasar el Rey.



—Está muy bien, Señor —y así se hizo.

La gente se quedaba asombrada. A unos les pasaba lo que a los guardas. Como no estaban acostumbrados a que pasara el Rey, puesto que no le había, se azoraban, y se inclinaban respetuosos, y seguían a la comitiva. Otros, que si se acordaban de que había República, pensaban así:

—Se conoce que acaban de echar fuera al Presidente de Solidia, y han hecho Rey a este niño. ¡¡Viva el Rey!!

—¡¡¡Viva!!!...

Cuando Chonón había dado dos o tres vueltas por el parque, llevaba más gente a la cola que una manifestación para que se abarate el pan (el pan es como los bombones de los hombres).

El Rey, ya cerca de la puerta, dijo al guarda mayor:

—Mi general: haga usted que salga toda la gente, y que se pongan en dos filas para ovacionarme. Y que un coronel me busque un coche que me lleve al Palacio.

—Esta muy bien, señor.

El guarda mayor, al oírse llamar general por boca del Rey se volvió tan soñador como el propio Chonón; y cosa igual les pasó a los demás guardas. Uno de los cuales salió en busca del primer coche que encontrara, mientras la gente se ponía en dos montones enormes, para ovacionar al Rey.

El Rey salió.

—¡¡Viva el Rey!!

—¡¡¡Viva!!!...

—¡¡¡Viva el Rey!!!

—¡¡¡¡Viva!!!!...

.....  
El entusiasmo iba creciendo enormemente. Y los grupos de gente crecían con más rapidez todavía.

Las gentes se decían unas a otras:

—Es el Rey, es el Rey, que ha impuesto la Monarquía y ha derrumbado la República. ¡Que valiente ha sido! ¡¡Viva el Rey!!!...

El coche que le habían traído era un coche de punto, con un jaco que apenas podía dar un paso. Estaba flaco y era viejo. Entonces la multitud desenganchó el caballo, y entre todas tiraron del vehículo.

Al pasar por frente a la casa del Presidente de la República, el anciano de mal genio, se enteró de lo que era y se escondió debajo de la cama. Y cuando pasó toda la manifestación hizo la maleta y se marchó en automóvil a una nación vecina.

Los generales, los ministros, los cónsules y los políticos amigos del Presidente, al enterarse del jaleo tremendo, se pusieron sus chaqués y sus sombreros de copa, y se fueron a visitar al viejo.

—Muy buenas tardes. ¿Está el señor Presidente de la República?

—¡¡Ufff!! ¡Donde estará ya el pobre caballero! Ha huido hace media hora camino de Yuancia.

—¿Y cuándo volverá?

—Yo creo —decía el criado— que ese ya no vuelve nunca.

—¡¡Atiza!!

Entonces dos Ministros se encontraron en la escalera.

—El Presidente ha huido. ¿Qué hacemos?

—¡Caramba, caramba...! ¿Y si nos fuéramos a saludar al Rey ese nuevo?

—¡Hombre! ¡Bonita idea...! ¡Vamos!

—Pero yo me pongo antes mis condecoraciones.

—Y yo las mías. Hasta luego...

Todos los Ministros, Generales, Cónsules y amigos políticos del Presidente se fueron, diciendo unos a otros lo mismo.

Pero resultaba que el coche del Rey seguía dando vueltas a la población, porque, como había República, no había Palacio Real, naturalmente.

Pero a uno de aquellos Ministros se le ocurrió una idea:

—¡Amado pueblo! Llevadle al Teatro de la Gran Comedia y haced con las decoraciones un gran Trono...

—¡Bravo! ¡Bravo!

—Y el coche fué conducido a las puertas del Teatro más grande de Solidia.

En aquel momento los cómicos estaban representando una comedia que se titulaba «La Reina Ciega», y en el escenario, aunque ladeado, había un lujoso trono.

El pueblo echó a los comediantes y puso el trono frente a las butacas, se vistieron los guardas con los trajes de gala de los cómicos, y Chonón con el manto de la actriz que hacía de Reina.

Y apenas el niño se había sentado, una emocionante y extraordinaria ovación le saludó. El público se aplastaba en los palcos, en las butacas, en la entrada general.

—¡¡¡Viva el Rey!!!

—¡¡¡¡Viva.....!!!!

Cuando la gente se calmó un poco, los Ministros, los Generales, los políticos y los Cónsules empezaron a pasar por delante de Chonón para besarle la mano. Y uno se encargó de arreglar el Palacio de la Biblioteca para Palacio Real; y otro se encargó de preparar por las calles el Ejército de la nación para que el Rey fuera hasta su casa; y otro se encargó de castigar a los que todavía fueran partidarios del viejo Presidente.

—La cosa no puede ser más extraordinaria —pensó Chonón cuando le llevaban a su casa por entre dos filas de soldados que no se acababan nunca.

En la puerta del portal le despidieron con nuevas manifestaciones de gozo. Y en desapareciendo él por las escaleras, el gentío desapareció.

Entró en su casa y su padre estaba sentado en un sillón, con un terrible dolor de reuma en un hombro. Y cuando el niño se acercó a darle un beso, el viejo le dijo:

—Señor Rey: ¿Vuestra Majestad sabe algo para el reuma de su anciano padre?

El niño corrió a por la flor. La olió el enfermo y un nuevo pinchazo agudo le apretó el hombro.

Chonón se quedó un poco triste. Si la flor no quitaba los dolores de reuma, ¿por qué le habían hecho Rey?

Entonces dió en pensar en que en esta falsa vida tiene más importancia un gesto a tiempo, aunque sea frente a un humilde guarda, que quitar un nuevo dolor a la humanidad.

Chonón se quedó un poco triste. Siguió siendo Rey por compromiso; pero la flor amarilla fué arrojada a la calle.

ANTONIO ROBLES.





# EL BARON DE LA CASTAÑA

## NUEVAS AVENTURAS

### LAS REGATAS

Cuando me dijeron que iban a celebrarse las regatas de balandros, me dispuse a tomar parte en ellas, decidido a llevarme el premio.

Lo primero que necesitaba era una embarcación, pues en el tándem no hubiera podido flotar, y a nado no me parecía correcto, y además no me lo hubieran permitido.

Adelaida se empeñó en construir el balandro con cajas de sombreros; pero cuando quisimos botar al agua la embarcación, vimos que el agua la disolvía como un azucarillo.

Otros medios disparatados pretendió utilizar Adelaida para que nos diesen el triunfo en las regatas, como fueron el botar la artesa de lavar y el ascensor; pero hubimos de prescindir de los dos: de la artesa porque estaba demasiado húmeda, y del ascensor porque no más colocarlo sobre el agua se convertía en submarino.

Sin embargo, al cabo de poco tiempo flotaba sobre las olas un garboso velero llamado *El Baroncete*.

Adelaida me había construido la embarcación aprovechando la única cama que poseíamos en la casa —la había cogido aprovechando un momento en que yo estaba dormido— y clavando a su alrededor las tablas de la plancha. Un largo plumero, que servía para limpiar los techos, era el mástil que sujetaba la vela, construida con pañuelos unidos.

Nuestro balandro causó sensación, y no se habló de otra cosa en Mile en mucho tiempo.

Por fin llegó el tiempo de las regatas y me inscribí para tomar parte.

El jurado, temeroso de que yo utilizase algún truco para ganar, recorrió la embarcación, y me hizo saber que no me tendría que valer de más medio que el de la vela para correr, bajo la pena de descalificación.

Yo sonreí y acepté todas las condiciones, pues confiaba en mi triunfo, como siempre.

Nos alineamos veinte balandros, *El Baroncete* se distinguía de todos por su estructura especial, y... un cañonazo fué la orden de partida.

El viento azotó las velas y los barcos partieron.

*El Baroncete* salió como los demás, a buena marcha, pero a poco le ocurrió la primera avería. Adelaida se empeñó en sonarse con un pañuelo

que se hallaba en el centro de la vela, y esto hizo que nos quedásemos retrasados

Mas de pronto cesó el viento y el mar quedó en una completa calma, y los balandros parados.

Todos esperaban otra racha de viento para seguir la carrera, y entonces creí llegado el momento de ganar el terreno perdido.

Ordené a la tripulación que empujase del palo que sostenía la vela, y todos, en un esfuerzo común, hicieron avanzar de esta manera al velero.

Mas no podía durar mucho esta maniobra. Adelaida y los demás tripulantes se sentaron, resoplando, en la popa de la embarcación.

Y sucedió lo curioso. Fueron tan grandes los resoplidos que dieron, de cansados que estaban, que la vela se fué hinchando y el balandro emprendió su marcha de nuevo, entre nuestros gritos de entusiasmo.

Sin embargo, aquello debía cesar y cesó, pues los tripulantes, repuestos de su cansancio, dejaron de resoplar y *El Baroncete* se detuvo otra vez.

Y entonces vino mi idea: de un bolsillo del pantalón extraje una palmatoria con una vela y una caja de cerillas.

Encendí una de ellas, y la vela de paso, y la coloqué entre los tripulantes y el mástil de la embarcación diciendo:

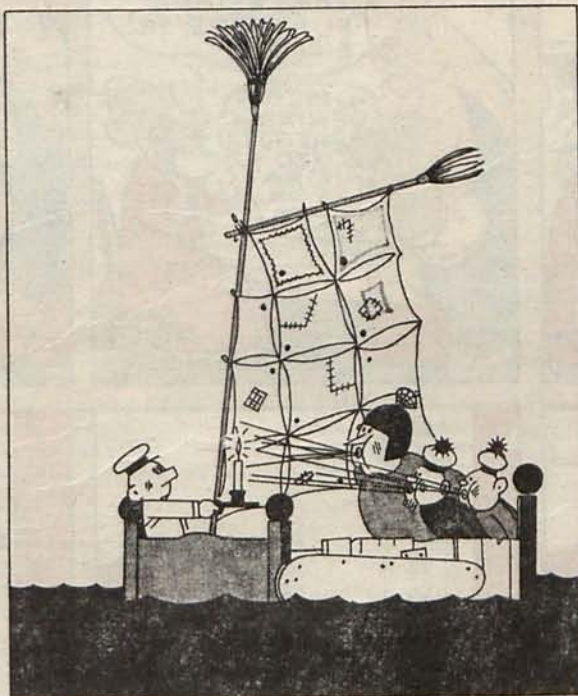
—¡A ver quién la apaga de un soplido!

Todos soplaron y la vela se apagó; mas recommencé el juego, encendiéndola de nuevo, y otra vez la puse a merced de los tripulantes, que soplaron hasta apagarla.

Seguí la maniobra, pues los soplidos de los que jugaban a apagar la llama hinchaban la vela y hacían caminar el barco, hasta tal punto que pronto dejábamos atrás a los demás concursantes y *El Baroncete* llegaba a la meta el primero, entre los gritos de admiración de todo el mundo.

El premio me fué entregado, pues el jurado hubo de reconocer que no me había servido de otro medio que el de la vela para ganar las regatas.

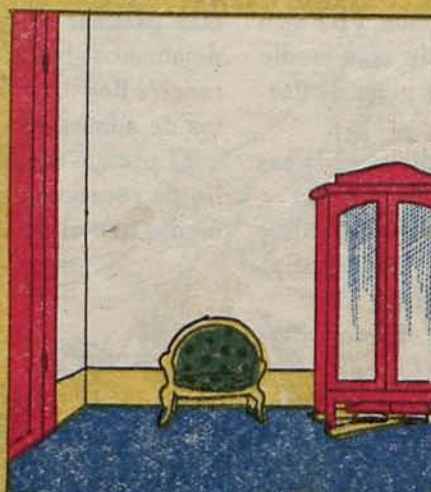
EL BARÓN DE LA CASTAÑA.



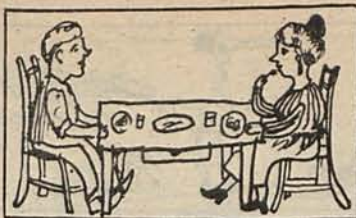




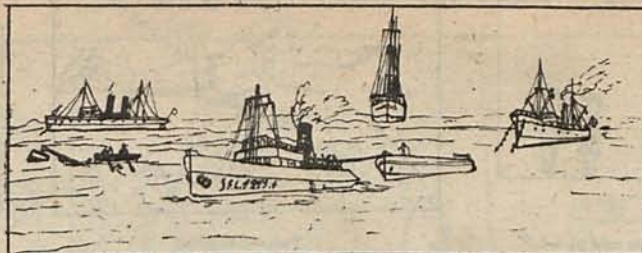
# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







—¿Son buenas las judías?  
—¡Pché!  
—¿Tienen hilos?  
—Sí.  
—Pues guárdamelos para coser.  
CELIA LANDA.—Diez años. Zaragoza.



La bahía de Santander.

JOSÉ DE LA PUERTA.  
Once años. Santander.



Este burro de mi primo es muy listo.

JOSÉ NEIRA.  
Diez años. Carballo.

### La desilusión de Pedrito.

Pedrito estaba cansado; había corrido toda la tarde tras de su aro con ardor. Cuando llegó al lado de sus padres, vió una mujer que, sonriente, le ofrecía un globo rojo, del cual pendía un hilo. Su madre hizo un lazo al extremo de él, y atándose a la muñeca le dijo:

—Si se te escapa, no te compro otro.

Cuando la tarde caía emprendieron el regreso a casa. No tuvo ganas de cenar, porque le obsesionaba una idea que no se había atrevido a poner en práctica, y esperaba ocasión oportuna, que al fin llegó.

Sus padres le dejaron en la cama atado a su globo, del que no había querido separarse un momento, aunque él quería separarse de sus manos. Rogó a su madre que dejara la luz encendida y escuchó hasta que desapareció todo rumor.

Descendió de la cama, llegó hasta el tocador, y empujándose cuanto pudo logró coger unas tijeras. Volvió al lecho y con mucho cuidado cortó el hilito que sujetaba el globo, figurándose que por aquella boquita se verían las mil maravillas que debía encerrar en su interior tan linda esfera.

Quedó asombrado. El globo desapareció de sus manos, al mismo tiempo que sintió en su rostro una bocanada de aire caliente y de olor desagradable.

Cuando se repuso de la sorpresa vió que en lugar de las imaginadas maravillas sólo tenía entre sus manos un guinapo negruzco.

MANUEL VIDAL.  
Trece años. Madrid.

### El bosque encantado.

Había en un pueblecito unos labradores que tenían un niño llamado Federico y una niña llamada Marisa.

Un día que tuvieron los niños que llevar la comida a su padre, que estaba en el campo, se perdieron por un bosque encantado, en el que cada árbol era una persona que, como ellos, se había perdido.

El bosque era de un ogro muy malo. Los niños que lo vieron tuvieron miedo y se escondieron detrás de un árbol, el cual les habló así:

—Niños, no tengáis miedo. Coged un hacha que hay enterrada bajo vuestros pies y con ella podéis matar al ogro.

—¿Quién sois? ¿Dónde estáis?—dijeron los niños.

—Soy el Hada del Bien, que me perdí por aquí con mis siete hermanas. Andad, matad al ogro y nos libraréis.

Entonces fué el niño y, ¡zas!, de un hachazo mató al ogro.

De repente todo aquello que era un bosque muy feo se convirtió en un hermoso jardín con bellas flores, con un hermoso lago, por el que nadaban patos y cisnes, y en medio un palacio, cuyas puertas abiertas esperaban a los niños, y todas las personas desencantadas les proclamaron Príncipes, y vivieron muy felices el Príncipe Federico y la Princesa Marisa.

MARGARITA VILLENA.  
Diez años. Zaragoza.

### El día de Reyes.

El día anterior a Reyes; era por la mañana cuando Juanito no se había acordado de escribirles.

Entonces dijo a su papá:

—¡Papá escribe a los reyes!

—¿Qué es lo que pides?

—Pido un caballo, una patineta y un triciclo.

—¡Hijo mío, no te van ha traer tanto!

—Entonces, vendrán pobres. ¡Sí papá; sí, escríbelos!

Después de haber terminado de escribirles, dijo su papá a Juanito:

—Ahora te voy a echar la carta al buzón.

Juanito no lo creía, y se fue detrás de él. Cuando vió que la estaba echando, dió la vuelta para su casa. Llegada la noche, estaban todos durmiendo. Al amanecer se encontró con los juguetes, mas en un zapato había un ratón y en el otro un gato.

¡Ay! Juanito se enfadó con el zapato,

al ver que tenía dentro un gato.

¡Ay! Juanito que triste se quedó,

al ver que el Mago un ratón le echó.

Entonces dijo a papá:

—¡Papá, no sabes que en un zapato he hallado un gato con diez céntimos y en el otro un ratón con otros diez céntimos.

—No te dije que no te iban a traer tanto.

—Pero, papá, si me lo han traído y, además, con estos veinte céntimos me los gasto en almendras.

Juanito se quedó con todo lo que deseaba tener y

¡Pinochín! ¡Pinochón!

Juanito, de recuerdo, se quedó con el ratón.

ANTONIO MENÉNDEZ CATRAIN.  
Ocho años. Gijón.



Sale en triciclo de pasco este niño que es tan feo.



Atropella a este puerco por haberse mostrado muy [terco.



Ve que le van persi- [guiendo, y el niño cada vez va más [corriendo.



Da el freno a la bicicleta y por el alto sale el gran at- [leta.



Aprovechando la cai- [da, hace el niño la huida.



Entra en casa con gran [satisfacción por haberse librado de [un palizón.

CRISTÓBAL MENÉNDEZ.  
Doce años. Gijón.



Guiña el ojo indicando que el mejor periódico es PINO- CHO.



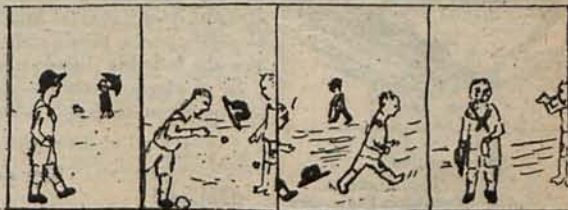
Una mujer valiente.



—Oye, ¿sabes que se ha muerto el cojo?  
—¿Qué cojo?  
—Coge lo que quieras.

CÁRMEN LANDA.  
Doce años. Zaragoza.

MARGARITA FUENTES.  
Trece años. Sevilla.



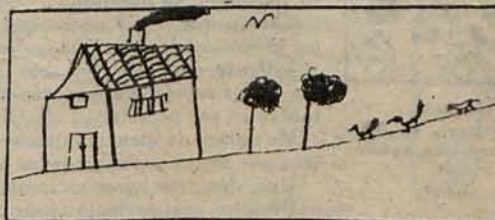
Sale Pepito de paseo con ánimo de comerse dos melocotones que le ha dado su mamá.

Va tan distraído que tropieza con una piedra, y salen los melocotones volando hasta caer a los pies de otro niño

que los recoge en seguida y sale corriendo,

y Pepito vuelve a su casa llorando, sin merienda y con el sombrero aplastado.

PILAR A. ARIAS.  
Doce años. Ferrol.



Mi casa de campo.  
RAFAEL RODRÍGUEZ LEÓN.  
Siete años. Madrid.



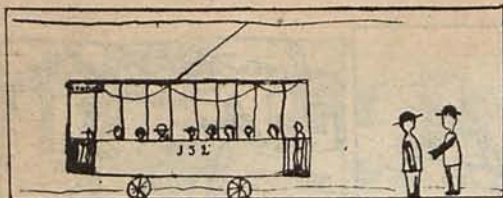
JOSÉ LUIS CIRIO.  
Sevilla.



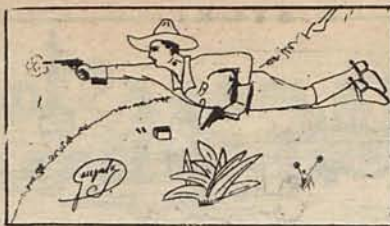
Pinocho cazando tigres.

JOSÉ DE LA PUERTA.—Once años. Santander.





—¿Hacia dónde va ese tranvía?  
—Hacia la izquierda.  
—Hacia ninguna parte, tonto. ¿No ves que está parado?  
CARMEN ESPARZA.  
Valencia.



¡Buena puntería!  
GONZALO GONZÁLEZ SANCHIZ.



Pinocho en el Sahara.  
PEPE CLEMENTE.  
Once años. Pontevedra



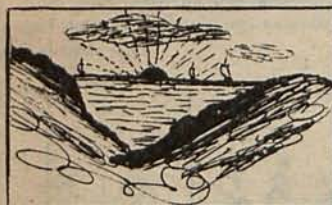
Pinocho.  
CARMEN PRINCE.  
San Sebastián.



Lo que debe hacer todo buen niño.  
CARMELA DE GÓNGORA.—Ocho años. Madrid.



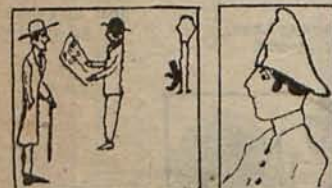
Dos buenos amigos.  
EULOGIO ESTRADA.—Nueve años.



Paisaje marino.  
JOSÉ CLEMENTE.  
Once años. Pontevedra.



El sitio más agradable.  
ANA MARÍA CASTILLO.  
Nueve años. Madrid.



—¿Cuándo te casas?  
—Cuando me suban el sueldo.  
—¿Cuándo te suben el sueldo?  
—Cuando trabaje.  
Un chico simpático.  
ENRIQUE Y FERNANDO ANTONOMIA.—Bilbao.

### El Príncipe bondadoso.

Cuentan de un Príncipe que cierto día visitó un presidio, y viéndolo a los confinados, se dijo para sí mismo: «Seguramente habrá alguno entre éstos, que esté sufriendo, víctima de una injusticia. O tal vez haya alguno que esté arrepentido y merezca ser perdonado.»

Pensando de esta manera, el Príncipe decidió llamar a juicio uno por uno a los presidiarios y preguntarles cuáles eran sus responsabilidades.

Al fin llegó el día señalado. Los malhechores se hallaban frente al Príncipe confesando cada cual su delito.

El uno se disculpaba diciendo: —Señor, yo he sido castigado injustamente por los jueces, los cuales, sin tener pruebas suficientes, me echaron al calabozo.

Otra voz exclamaba: —Yo fui delatado falsamente por mi enemigo, y, por tanto, no merezco tal rudeza.

Como vemos, hasta ahora, el Príncipe no pudo sacar nada en limpio. Más llega el turno al último de los reos y éste humildemente se confiesa diciendo: —Señor, yo no tengo que excusarme. Robé repetidas veces y he hecho muchas fechorías, por lo cual estoy sufriendo justamente mi castigo. Más aún merecería, pero únicamente deseo ser perdonado por Dios.

El Príncipe, conmovido ante tal declaración, y reconociendo el arrepentimiento de aquel individuo, le dice: —Puesto que tan mala persona has sido, no mereces estar entre honrados e inocentes, puesto que podrías pervertir a tan buena compañía. Serás expulsado inmediatamente.

De esta manera, puso el Príncipe en libertad al que confesó su delito, y a los otros, por embusteros, los encerró nuevamente en sus celdas correspondientes.

Moraleja: Cada cual debe reconocer sus faltas, si quiere hacerse digno del perdón de Dios.

MUTHSON HELLJA.  
Quince años. Alemán.

### El viajero y su perro.

Un hombre hacía un largo viaje a caballo. Deseando descansar, echó pie a tierra y se acostó debajo de un árbol, quedándose profundamente dormido. Su fiel perro, que siempre le acompañaba, no se apartó de su lado, velando su sueño.

Pasadas algunas horas, el hombre se despertó, montó a caballo y continuó su camino; más el perro comenzó a dar saltos y ladrar delante del caballo, como si quisiera detener su marcha, sin atender a las voces que le daba su amo para que se calmase.

Todo fué en vano, y temiendo el viajero que el perro estuviese rabioso le disparó un pistoletazo, dejándole malherido.

Poco después, el hombre, picado de su curiosidad, desanduvo lo andado, y al llegar al árbol bajo el cual se había dormido encontró al pobre perro, moribundo, junto a la bolsa de dinero de su amo, que allí la había dejado olvidada.

Si el viajero hubiese sido más prudente, no habría tenido que arrepentirse de lo que hizo.

RAFAEL MONTOTO.  
Nueve años. Cádiz.

### Un sueño divertido.

¡Oh!, ¡ah!  
¡Qué interesante! Sube en una cesta tirada por globos; las águilas luchan con él; el aeroplano pirata las mata; coge prisionero a Pinocho...

Como comprenderéis, amiguitos, estoy leyendo una de las divertidísimas aventuras de Pinocho, que lleva por título «Pinocho en la luna», y tan embozado estoy leyéndolas, que me quedo sumido en un éxtasis delicioso; luego del éxtasis, ilusiones dulces, y luego de las ilusiones viene Morfeo, dios del sueño, y me cobija en su regazo, quedando ya dormido.

¡Cielos, qué ve! Pinocho que me aguarda con su aeroplano, última invención de su amplia mollera de serrín.

—Vente—me dice Pinocho—. Vamos al planeta Marte. Los tontos de los sabios contemporáneos no pueden asegurar si hay habitantes en ese planeta.

Me agrada la idea, montamos en el aeroplano y a mil y pico metros por segundo surcamos los amplios espacios.

Una, dos, tres horas estamos muy lejos de la tierra.

Pinocho, cual perfecto piloto, maneja el volante de una manera maravillosa.

Y al cabo de varias horas más llegamos a Marte.

¡Qué tipos más raros! La nariz la tienen en los pies y los pies en la nariz. Allí, un marciano oyendo radiotelefonía; un poco más allá, toro marciano volando en aeroplano sin motor.

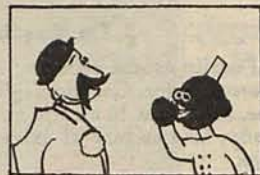
De pronto un raro personaje se adelanta hasta nosotros y, sin más miramientos, me da un puntapié con la nariz. Yo me indigno, lo cojo del cuello y...

—¿Qué estás haciendo, Abelardo?—me dice una voz.

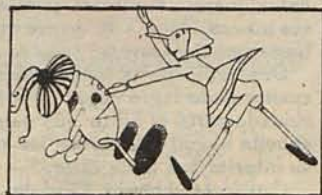
Abro los ojos y veo que he roto en la «lucha» la maceta de los claveles.

¡Pero qué sueño más divertido!...

ABELARDO MARTÍNEZ RODRÍGUEZ.  
Doce años. Murcia.



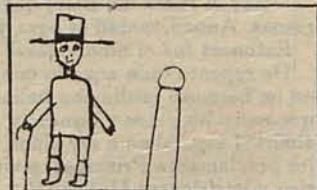
Currinche y Don Turulato.  
JOSÉ BARRILERO.  
Once años. Guadalajara.



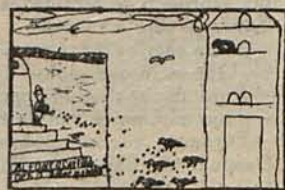
Pinocho y Chapete.  
JOAQUÍN AMILIVIA.  
Trece años. Madrid



Mi hermanita vestida con el traje de mi abuelita.  
CARMEN LEJARRAGA.  
Madrid.



Mi hermanito cuando va a la sierra.  
PILAR LÓPEZ.  
Seis años. Madrid



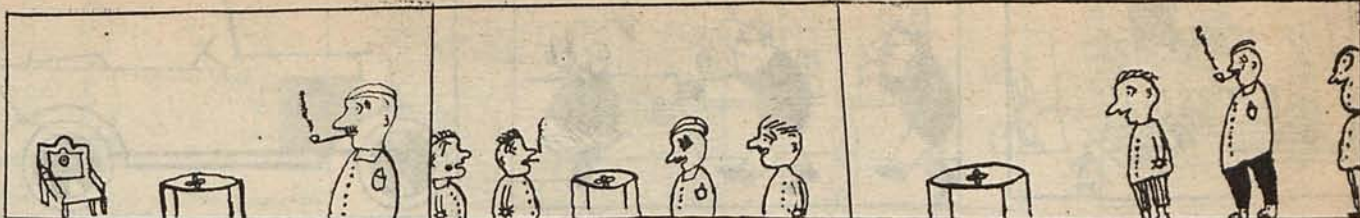
Unas escaleras.  
ALFONSO CASTILLO.  
Ocho años. Madrid



—Tome un vaso «Chiquito».  
—¿Cuántos años tiene ese vino?  
—Veinticinco años.  
—¿Y a ese vino le llama usted chiquito?



# HISTORIA DEL SILLÓN



A don Pedro Salmerón le han regalado un sillón.

Por ser el día de su santo lo celebra con encanto.

Pero ha sucedido que el sillón ha desaparecido.

ALICIA Y GERARDO DÍAZ.—Peñaranda de Bracamonte.



Mi amiguito Fermín, en brazos de su mamá.  
RAFAEL BUENO.  
Diez años. Madrid.



Los recién casados Teresita Merengue y Antonio Pastel.  
CELIA LANDA.  
Diez años. Zaragoza.



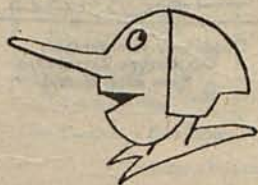
—¿A que no sabe usted, amigo Tibado, cuál es el colmo de un almirante?  
—No sé, Pinocho.  
—Bombardear una ciudad con la escuadra de un carpintero.  
B. JULIA.—Once años. Girona.



Una asturiana.  
A. MACÍ.  
Trece años. Elche.



Pinocho, pampero.  
MARÍA IGNACIA AREIZAGA.—Once años. San Sebastián.



A Pinocho.

¡Viva el rey del perejil, el Pinocho colosal, el muñeco más bestial de todo el mundo infantil.  
Es Pinocho domador y Pinocho detective, el muñeco más caribe para todo el hurtador.  
¡Gloria a Pinocho, rey infantil! ¡Muera Chapete, rey infernal, el sinvergüenza y el animal, el envidioso gusano vill!

FERNANDO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

## Una buena acción.

Miguelito era un niño muy caritativo para con los pobres. Sus papás y amigos le querían mucho. Cierta día, su mamá le dió 30 céntimos para comprar PINOCHO. Salió con sus papás a oír misa, cosa que hacía todos los domingos, y al volver a casa le dijo su mamá: Miguelito, baja a comprar PINOCHO y te entretienes leyendo mientras nosotros vamos de visita.

Miguelito, después de despedirse de sus papás, bajó a la calle a comprar el periódico.

Cuando se hallaba en la calle se le acercó una niña pobremente vestida, que aparentaba tener unos tres años.

La niña le dijo: Una linosnita, por amor de Dios, que hace unos días que no he comido.

El niño, llevado de sus buenos sentimientos, le dió los 30 céntimos a la niña, la cual le dió las gracias a Miguelito, que subió a casa contento de haber hecho una buena acción.

Cuando vinieron sus papás, le preguntaron que si había comprado el periódico, y Miguelito les contó lo que había hecho.

Sus papás, al ver que tenían un hijo tan bueno con los pobres, le abrazaron, y después le compraron PINOCHO y le hicieron un regalo, en premio a tan buena acción.

IGNACIO MARTÍN ORTIGOSA.—Once años. Madrid.

## La Princesa encantada.

Amílcar, poderoso rey de Australia, vivía feliz en su morada. Poseía vastos jardines, el cariño y admiración de todos sus vasallos, y por si algo le faltaba a su dicha, el cielo le había concedido una hija, que formaba el broche de oro de toda la dicha del rey.

Un día, en el palacio se notó gran animación, criados que iban y venían, mensajeros marchando en todas direcciones, y el pueblo asombrado se preguntaba qué era aquello, cuando de pronto el toque de una corneta vino a sacarles de esta duda: la hija del rey había sido capturada, y éste prometía al que la encontrase que se casaría con ella.

Oyó esto un galán que estaba enamorado de la princesa, y tomando su caballo y algunas provisiones partió veloz como el viento en busca de la hija del rey.

Andaba ya largo rato cuando vió ante sí la figura de una vieja que le pidió limosna. Roberto se apeó y dió a la anciana parte de sus provisiones, junto con algo de dinero.

La vieja, agradecida, le preguntó: —¿Qué buscas por estos lugares tan desiertos? El muchacho contestó: Busco a la hija del rey, que esta noche ha sido robada de palacio. A lo que la vieja le respondió: Sigue esta senda que ves a la derecha y no la dejes hasta que llegues a una casucha. En ella entra y verás a un enano que sin más preámbulos te dirá: Ya que te has atrevido a llegar hasta aquí, coge una espada y nos batiremos. Tú coge la del rincón que estará frente a ti, pues las demás son de caña, y córtale una oreja, y con ella todos los nardos del jardín. Entre ellos está la Princesa.

Así lo hizo Roberto, y el rey, al ver que la devolvía a su hija, se la dió por esposa.

JOSÉ VILAPLANA ROIG.—Once años. Valencia.

## Cuento.

I

Enfermó gravemente un rey, y llamando a sus dos hijos les habló así:

—Sólo hay para mi un remedio, y es una manzana que está en un castillo encantado. Si dentro de dos meses no habéis traído esa manzana, vuestro padre morirá.

II

El hijo mayor, que era muy altivo y orgulloso, ensilló su caballo y marchó en busca de aquella manzana.

No había caminado mucho tiempo cuando le salió al encuentro un hombrecillo, que le preguntó:

—Príncipe ¿quieres decirme adónde vas?

—¡Adónde no te importa!

Y cuando pensó seguir, no pudo y tuvo que marchar a su castillo.

III

El menor salió después, y en el mismo sitio le salió el propio enano y le dijo:

—¿Parece que tienes prisa por llegar a algún sitio?

—Es verdad, voy en busca de una manzana para aliviar a mi padre.

Viendo el enano que no mentía, le enseñó el camino y le dió una bolsa de trigo y una espada.

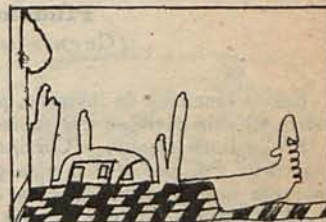
IV

Llegó nuestro príncipe y pudo encontrar la manzana, y para colmar su felicidad encontró la bolsa llena de oro y un papel que decía así:

«Quien no miente, tiene su recompensa.»

Llegó a su tierra y pudo salvar a su padre, y después casó con una princesa que había encontrado en el camino.

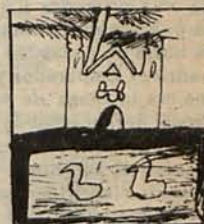
LUIS BERMEJO.—Catorce años. Cintruénigo.



Una góndola veneciana.  
MARIANO BULLGÍN.  
Nueve años. Valencia.



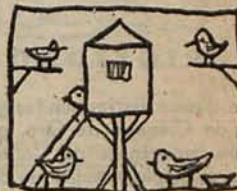
El nene.—Tienes enfadado a tu amo. ¿Qué le has hecho que se queja?  
El repartidor.—Si se queja es que le duele algo; que llame al médico.  
JOSÉ MARIA PIÑAR.  
Diez años. Sevilla.



La caseta de los cisnes de mi huerto.  
VICENTE FONSECA.  
Diez años. Pontevedra.



La carroza «Pinocho» en la batalla de flores de Barcelona.  
TIRIMBIRRI.  
Seis años. Barcelona.

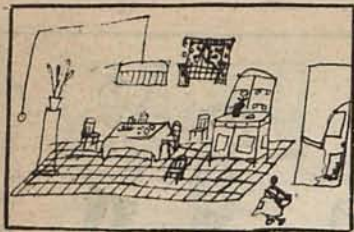


Recién nacidos.  
GUILLERMO VIDAL RIBAS.  
Nueve años. Barcelona.

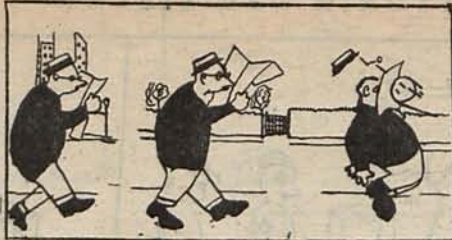


JOSÉ LUIS CRO.  
Sevilla.

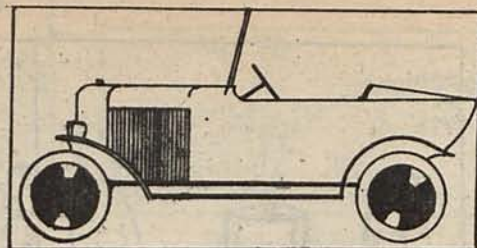




Un comedor.  
BALDOMERA MÁRQUEZ.  
Badajoz.



¡Vaya un partido!  
...Meláñez, cogien-  
do la pelota; pasa a mer... ¡¡Gol!!  
Irigurritigoyeta... MANUEL HIDALGO.  
Doce años. Alcalá de Henares.



FÉLIX BUAFNOIR.  
Madrid.

### Pinocho, brujo. (Cuento inverosímil.)

Era una mañana de invierno, pero no llovía. Pinocho estaba muy triste y había decidido irse fuera de la capital.

Pirula lloró mucho, y Currinche y Don Turulato pasaron muy mal rato. Por fin se fué; y la gente decía que Pinocho se iba a meter a brujo, porque la casa que había hecho echaba humo de muchos colores. Lo que ocurría era una cosa muy extraña. que Pinocho echaba fuego por los ojos, y a todos los niños que iban a verle los mataba. ¡Y tanto como le gustaban a él los niños! Nadie se creía eso hasta que lo veía.

Un día Manolito, que era un niño muy bueno y muy amigo de Pinocho, decidió ir a ver lo que le le pasaba a éste.

Al ver Pinocho al niño, salió corriendo detrás de él, echando fuego por los ojos. Corrió mucho, y al pasar por Madrid se agregó Pirula, que los vio corriendo mucho; pasaron por Barcelona y se agregaron Don Turulato y Currinche, que estaban allí pasando el rato; corrieron..., corrieron..., tropezaron con una cosa, y no sabían que era la Luna...

En esto se despertó Manolito y se echó a reír al ver a Pinocho encima de la silla.

—Hasta durmiendo —dijo— divierte este demonio de Pinocho.  
CIRO.  
Sevilla.

### La Princesa de Chun-Kin.

Érase un Emperador de la China. Tenía una hija llamada Chun-Kin. La pobre niña era muy buena, pero sus facciones la obligaban a ser la burla de todas las gentes.

Su padre el Emperador y su madre la Emperatriz lloraban por su hija, que era la causa de su desesperación. El Emperador hizo publicar a sus heraldos, al son de trompetas, que el que pusiese bella a su hija la Princesa, le concedería su mano.

Un pastor, al enterarse, fué al Palacio del Emperador y le dijo: —El brujo Plan-Plin tiene la belleza de vuestra hija convertida en una rosa marchita, que teniendo vos en vuestro poder quedaría linda y lozana y bella como una rosa.

—Píde lo que quieras —contestó el Emperador.

Y pidió una hacha, una llave y una espada.

Cuando llegó a la cueva donde habitaba el brujo Plan-Plin, con el hacha rompió la piedra que cerraba la cueva y con la llave abrió la puerta de donde estaba el brujo, rodeado de monstruosos dragones y tigres feroces. Con la espada mató a sus enemigos. El brujo, ya vencido, le dijo:

—Soy tuyo; haz de mí cuanto quieras.

—Quiero que me des de comer, pues hace tiempo que no pruebo bocadito.

Al instante apareció una mesa provista de exquisitos manjares.

—Ahora dame la belleza de la Princesa Chun-Kin, y luego quiero que me lleses al Palacio del Emperador.

En seguida se vió el pastor con la rosa en las manos, y a sus pies un hermoso corcel con alas, que volando llegó a Palacio.

El Emperador, al ver que el pastorcillo le traía la belleza de su hija, le concedió su mano.

Ambos se casaron, celebrando sus bodas con gran festividad, diversiones y alegría.

EMILIA CABEZA.  
Trece años. Getafe (Madrid).

### CURIOSIDAD

¿En qué se distinguen las gallinas de Ciénaga de Oro, población importante de Colombia en el Departamento de Bolívar, de las demás de su género, en todo el país?

Las gallinas de Ciénaga de Oro se distinguen de las demás gallinas del país, en que contienen en sus visceras, llamadas Molleras, pequeños granitos de oro que las hace preferibles a las demás. Esto es histórico, y quien quiera verlo puede venir cuando quiera, en la seguridad de que no es chanza.

IGNACIO y GUILLERMO MENDOZA  
DE LA ESPORIELLA.  
Colombia.

### CHISTES

¿En qué se parecen ciertas mamás a las abejas?  
En que ZUMBAN.

¿Cuáles son los hombres más esplendidos?

Los tenores malos, porque suelen dar gallos.

¿Qué hace falta para casarse con un billete?

Ser... billete.  
ROSARITO FERNÁNDEZ FERRER.  
Ocho años. Valencia.

¿Cuál es el colmo de un carpintero?

Tener las hijas traviesas y los hijos listones.

MIGUEL LOZANO.  
Doce años. Larache.



El «Pepe» y el «Pinochón»  
juegan un match de balón.



Pinocho, del «Pinochón»  
es «el amo del balón».



En un avance bestial  
chuta, ¡paf!, y hace un goal.



Pinocho después del goal  
juega ahora colosal.



Pero los del «Pepe» van  
y también cuelan un goal.



Y se termina el partido,  
que ha sido muy aplaudido.  
ENRIQUE MOLES.  
Diez años. Madrid.



Entre viejos:  
—¿A que no sabes en qué se  
parece Julio a las riñas?  
...  
—¡Hombre! En que terminan  
en «dios».  
AGUSTÍN GARCÍA.  
Ocho años. Santander.



El señor Hachuela es tan  
mal artista que  
nadie quiere  
oirle cantar.  
Pero un gramó-  
fono, entre basti-  
dores, imita su  
voz.  
JOSÉ NIÑOLES.  
Doce años. Alicante.



MIGUEL MELIVKO.  
Seis años. Melilla.



Don Teófilo Mos-  
tacilla.  
—JOSÉ LUIS RODRÍ-  
GUEZ.  
10 años. Madrid.



Donde paso yo el verano.  
CARMENCITA VALDEPEÑAS.  
Siete años. Madrid.

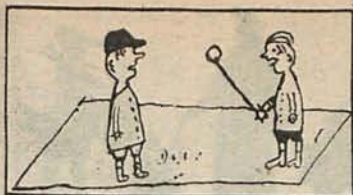


Pinocho, «Señorita de compañías».  
CARMEN LANDA.  
Doce años. Zaragoza.



Chapete pidiendo el chocolate.  
ANTONIO MORA.  
Doce años. Barcelona.

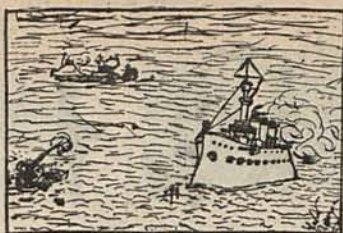




Oye, Luisito, ¿por qué dices siempre «auto» y no «automóvil»?

—Será por ahorrarte los 10 céntimos del «móvil».

GERARDO DÍAZ ROMÁN.



En alta mar.

JAVIER G. AMEZÚA.  
Trece años. Madrid.



Isabelita, ¿cómo tienes la cara tan colorada?

—Es que hemos estado jugando a las fruterías y a mí me tocó hacer de pimienta morrón.

CHARITO OLIVERA.  
Diez años. Madrid.



Owack, el mejor jinete de la Pampa.

ROBERTO DIONIS.  
Diez años. Valencia.



A Rosarito un mentecato le quita el sombrero y le pone un gato.

PEPITA VALLVÉ.  
14 años.



Una jugada limpia del partido España-Italia.

S. VALLVÉ.



Mi hermano.  
MARÍA TERESA MORENO.  
Diez años. Madrid



Una jugada del partido de Valencia.

JOSÉ LUIS GARCÍA.  
Alar del Rey (Palencia).



Pinocho y Chapete disputándose el balón.

FEDERICO PASTOR OLMEDO.  
Nueve años. Valladolid.



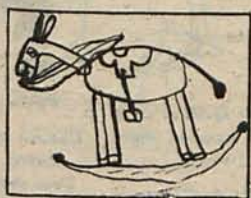
Pancho y su amo pasean por el Prado.

SALVADOR VALLVÉ.



Charlot.

A. VILDÓSOLA.  
13 años. San Sebastián



Mi caballo.

LEOPOLDO USÍA.  
Ocho años. Valladolid.



Pinocho y Pirula.  
PILAR CUBAREDE.  
Ferrol.



El palomar de mi tío en el río Urumea.  
MARTÍN MARTÍNEZ.  
Diez años. San Sebastián.



Don Turulato y Currinche.

DEMETRIO VALDÉS.  
Catorce años. Panamá.



La tarde de Reyes, en que Javier cantaba sonriendo...

EMILIO BURGOS.

### Una inocentada que termina en boda.

Una vez era un rey que tenía tres hijas muy hermosas. Era el día de Inocentes y quiso dar una buena inocentada a su hermano, también rey.

Cogió a sus tres hijas, las metió en tres botijas, las tapó con un vino verde que había antes muy célebre, llamó a un criado y le dijo que llevase aquel vino en un carro a su hermano.

Las princesas, antes de haberlas metido en las botijas, inventaron un modo de hablarse por golpes.

El criado cogió las botijas y las puso en un carro y echó a andar; cuando iban por mitad del camino, preguntó una:

—¿Que tal estais, hermanas mías?

—Yo bien —dijo una.

—Yo un poco mareada; pero todo se hace por pasar un poco de risa —dijo la otra.

Por fin llegaron, y el rey al verlo le dió mucha alegría, pues hacía mucho tiempo que no lo había probado. Entonces mandó al criado que preparase un gran banquete y mandó convidar a todos los nobles, entre ellos al conde de Monte Negro, muy valiente y simpático; también estaba el duque de Lengua Roja, de las mismas cualidades del primero, y el conde de Madrid, de las mismas cualidades que los otros.

Empezó el convite, y cuando iban a abrir las botijas todos los convidados estaban con mucha alegría, pues era muy bueno el vino; pero más alegría les dió ver aparecer tres cabezas a cual más hermosas. Todos se enamoraron de ellas y empezaron a batirse a ver cuáles las ganaban.

Por fin, todos quedaron muertos y heridos, menos los condes y duques ya citados. Entonces pidieron las manos al padre de las princesas y se casaron. Y vivieron muy felices.

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

LOLI DURÁN.  
Doce años. Oviedo.

### Los dos enanitos.

Llegó un pobre zapatero a tan extremada miseria, que tenía material sólo para un par de zapatos. Los dejó cortados por la noche, antes de rezar sus oraciones y acostarse. A la mañana siguiente los tenía terminados.

Así sucedió un día y otro día, no solamente con un par, sino con dos o más pares.

El zapatero quiso saber quiénes eran aquellos generosos ayudantes. Llamó a su mujer y se escondieron en la tienda.

A media noche vieron entrar a dos enanitos, que eran quienes hacían el trabajo.

El zapatero y su mujer, para demostrarles su agradecimiento, les hicieron unos trajecitos y unos zapatos y les obsequiaron con buenas y abundantes viandas en la noche de Navidad.

Los enanitos se alegraron mucho, se vistieron en un periquete, cenaron con buen apetito y dieron las gracias al honrado matrimonio.

PABLO Y DELFIN ALBARRÁN.  
Diez y once años. Madrid.

### El señor Nene.

Mamá, de vuelta de una visita, notó que una mano se había introducido en su bombonera. Hizo comparecer ante su tribunal a la señorita Pepita, de cuatro años, y al señor Nene, de treinta y dos meses de edad.

—Vamos a ver —dijo la madre, con tono severo—. ¿Quién ha comido los chokolatines?

—Yo, no.

—Yo, tampoco.

—No mentir: o ha sido Pepita o el Nene.

—Ha sido el Nene.

—No; yo no he sido. Pepita es una mentirosa; además, no estaba ahí cuando los he comido.

R KELLER.  
Doce años. Azpeitia.



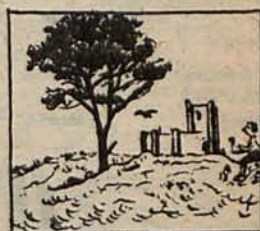
Mi primito lee PINOCHO y pasa un buen rato mirando a Don Turulato.

PEPITA VALLVÉ.  
Catorce años.



Dicen que este avaro esconde... y bien dicen, porque esconde...

JUAN A. VALDÉS.  
Quince años. Panamá.



Las ruinas del histórico castillo de Anguise.

JUANITO PATIÑO.  
Nueve años. Anguise.



Mi querida Pirula.

M. E.



Entre mendigos: —¡Hola, Ramón! ¿Ya no haces el ciego?

—No, chico; porque me dan monedas falsas y tengo que callar...

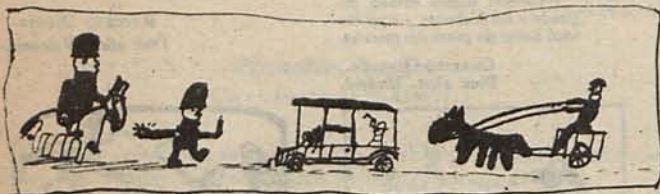
BONIFACIO PUIG.  
Once años. Barcelona.





Siluetas.

MARÍA LUISA RUIZ.  
Once años. San Sebastián.



¡Eh, pare!

JOSÉ MARÍA SANJURJO.  
Siete años. Concepción (Chile).



Florista.  
RAFAEL DÍAZ LLANO. Tenerife

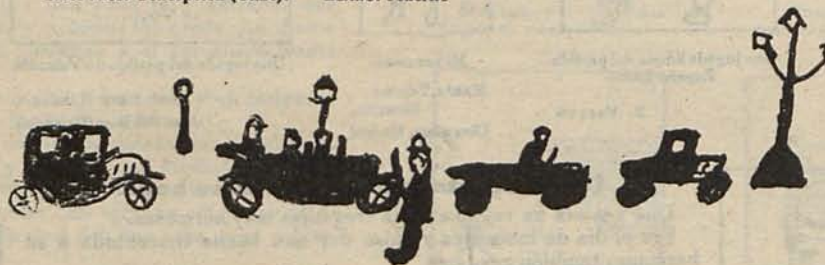


Compare, ¿cómo llegaría yo a ser torero? Po siguiendo los pasos del Gallito. ¡Camará!, no hay que sudar na pa ser torero. MARÍA L. LAFFITE. 7 años. Sevilla.



A la salida del colegio.

CONCHITA ORIA DE LA LASTRA.  
Santander.



Avenida de la libertad.

JOSÉ ANTONIO VALENTÍN.  
Diez años.



—¿Desde cuándo se dedica usted a la aviación?  
—Desde que me persigue el casero. JULIO JACINTO Madrid.



Pinocho.

JUAN GUELBE-  
ZÚ. Diez años.  
Madrid.



El consabido cotilleo.

GREGORIO PECES  
BARBA. Madrid.



Pololo.

J. MARTÍNEZ.  
13 a. La Jara.



Mary y su gatito.

MARÍA LUISA  
GONZÁLEZ.  
Doce años. Madrid.



El zorro y los conejos.

TRINI GROSS.  
Ocho años. Málaga.



Uno que no recibe *El Sol* ni «la libertad»; pero en cambio recibe *Buen Humor*.

ELISA A. CASTELAO.  
Once años. Oviedo.



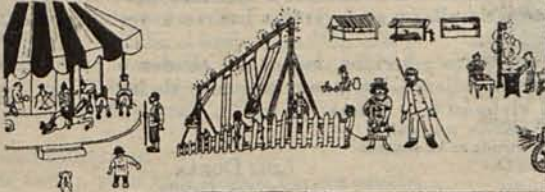
Pirula.

CARMEN DEL  
BUSTO.  
Doce años.



El perro goloso.

CONCHITA SALGADO.  
4 años. Cádiz.



La verbena de la Paloma. (Apunte del natural).

GONZALO GONZÁLEZ SANCHIZ.  
Trece años. Madrid.



—Mi tío a poco muere a los 200 años.  
—Pues ¿de qué edad murió?  
—A los 20.  
—¿Y le faltaba poco?  
—Un cero. C. GARCIA. Madrid.



El comedor de Pepita.

CARMEN RAMOS GUERBÓS  
Ocho años. Málaga.



El boxeador:

—Oye, ¿en qué se parece mi contrario al Vaticano?  
—¿...?  
—En que tiene cardenales. —LUIS SANTABÁ-  
BARA. 11 años. Madrid.



—¿Cuál es el pez que tiene cuello y corbata?  
—El pescuezo.

ANTONIO CABREROS.  
Rentería.



¿Le conocéis?

ALEJANDRO BLOND.  
Nueve años. Madrid.



Mi amigo Pinocho.  
A. DIEZ.  
Doce años.



Yo que pensaba viajar y ver mundo, y ha sido todo lo contrario: que el mundo viaja en mí.

MARTINEZ.



Este es, señor juez, el esqueleto que hemos hallado en el pozo.  
—Bien, vayamos por partes. ¿Está usted seguro que se trata de un cadáver?  
—No sé. —ABELARDO PLÁ.  
Catorce años. Madrid.



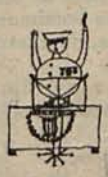
—¿En qué se parece el opio a un pañuelo sucio?  
—No lo sé.  
—Pues en que es tabaco chino.

ABELARDO PLÁ.  
Catorce años. Madrid.



—Córteme el pelo.  
—¿Qué pelo?  
—Este.

FÉLIX DIEZ.  
Diez años. Madrid.



El maestro Villa.

AURORA VILLAR.  
12 años. Madrid.



El pobre Pepito está fastidiado. Con nieve, le hacen ir a la escuela.

CONCHITA ORIA  
DE LA LASTRA.  
Santander.



¿Sabes en qué se parece un mal reloj a un tabique?  
—No sé.  
—Pues en que se para.

ROBERTO PLÁ.  
Ocho años. Madrid.





Viva Aragón.  
RAFAEL ABIENZO.  
Diez años.  
Medina del Campo.

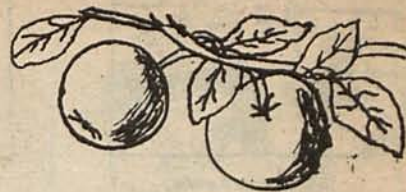


Yo doy la enhorabuena al  
que le ha tocado el premio.  
JOSÉ BERMEJO.  
Cintruénigo.



Equipo que jugó contra Portugal.

ALFREDO VARA DE REY.  
Trece años. Madrid.

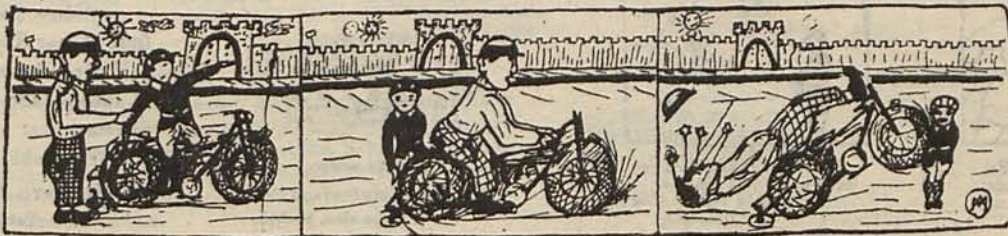


Una rama.

JOSEFINA PIÑERO.  
Trece años. Madrid.



—¿A que no sa-  
bes en qué se pa-  
rece un auto a un  
castillo de fuego?  
—Pues en que  
rueda por aquí,  
rueda por allá...  
HERMANOS  
CARRATALÁ.



El pequeño paseaba tranquilamen-  
te, cuando vino a interrumpirle un  
grandullón.

Que valiéndose de su fuerza y superio-  
ridad, le desmontó para ocupar su puesto.

Pero al echar a andar, la moto da la vuel-  
ta y el grandullón ve las estrellas.

JUAN MATIS.—Medina del Campo.



Viva PINOCHO.  
C. PEPEARES.  
Once años. Coruña.



El cocinero de  
mi casa.  
MANUEL NIETO.  
Nueve años.  
Madrid.



Yo quiero un  
abrigo.  
MARGARITA  
PUENTES.  
Trece años.  
Sevilla.

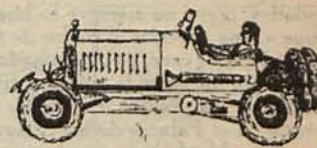


Tengo suerte des-  
pués de todo.

Este camión me da  
carbón.

Más por egoista, se  
cayó de sopetón y se  
quedó sin cubo y sin  
carbón.

ALBERTO PERTIERRA.—Diez años.

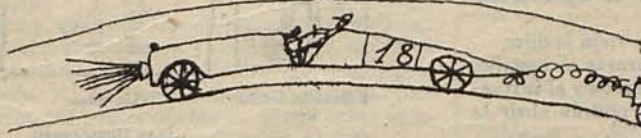


El ganador del gran premio nacional.

C. FEDERAL.  
Buenos Aires.

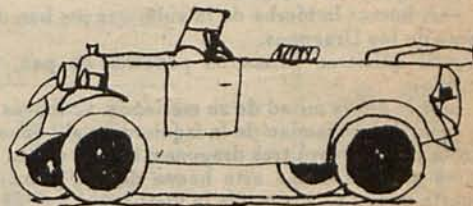


Carreras Pinocho.  
EUSEBIO DÍAZ.  
Once años. Barcelona.



El campeón de las carreras.

EDUARDO ORDUÑA.—Diez años. Madrid.



El auto que quiero tener.

HORACIO ALBANESI.  
Siete años. Buenos Aires.



Un robo.  
IGNACIO VILDÁSOLA.  
Ocho años.  
San Sebastián.



La casa de campo de  
mi amiguita Lola.  
ELOISA GÓMEZ.  
Doce años. Ciudad Real.



«El Pinocho».

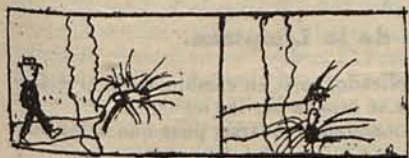
R. CAÑELLAS.  
Once años. Madrid.



—Oye, Tomás, tráeme  
seis butacas.  
—¿Pero cómo quiere  
usted que pueda yo con  
seis butacas?—FERNAN-  
DO LÓPEZ. Madrid.



Pirula y Pinocho.  
MANOLITO LÓPEZ.  
Doce años. Sevilla.



Historieta de Manolito.



JOSÉ ANTONIO VALENTÍN.  
Diez años. Madrid.



El mejor amigo  
de Pinocho.  
JOSÉ ROMERO.  
8 años. Madrid.



Un desafío sangriento.  
NICOLÁS MORÁN.—Ocho años. Bilbao.



Calles de Madrid.  
FÉLIX DÍEZ.  
Diez años. Madrid.



Pinocho y Chapete.  
JOSÉ LUIS JUARTE.  
Madrid.



La vida es sueño.



La reina mora.



La tizona.

ABELARDO MARTÍNEZ.  
Doce años. Murcia.



Mi casita de campo.  
ANTONIO GÉNOVA.  
Diez años. Madrid.



El molino.  
A. G.  
Madrid.



¡Si viera yo a mi hi-  
jo Currinche, que tan-  
to hace reír a los niños!  
J. A. VALDÉS. Panamá.



Por RAFAEL  
BUENO.  
Diez años.  
Madrid.



Don Turulato, Currinche, Pirula y  
Pinocho.  
LUISA ÁLVAREZ-ESQUERDO.





Está travieso Antolín,  
tan travieso que no tiene fin,



No quiere ir a la escuela,  
y no sabe leer, y el maestro le  
[pega.



El maestro le regaña,  
Antolín dice patrañas.



Y su padre le reprende,  
pero el niño no lo atiende.



Y al fin cede a los consejos  
de su padre y su maestro.  
RAMÓN NAVAS CONEJO.  
Doce años.



Casita de campo.  
JOSÉ LUIS PINTADO CONESA  
Ocho años. Madrid.

El de un «cantor»:  
Que con la sota de oros y el  
dos de espadas «cante»... las  
cuarenta,

El de un chistófilo malo:  
Que aun en los días de sol  
tenga mala sombra,

En clase pregunta el profe-  
sor a un alumno:

—¿Cómo pasaron los israeli-  
tas el mar Rojo?

Y otro alumno, «apuntando»  
al interpelado, le dice la res-  
puesta:

—¡En globol

RUPERTO PÉREZ IZQUIERDO,  
Valderas (León).

### La hierba maravillosa.

Pues, señor, esto era un matrimonio muy feliz, al cual Dios le había dado dos hijos. El mayor se llamaba Luis, y tenía diez y nueve años, y la menor, Carmen, que tenía diez y seis, joven de bellas cualidades. ¡Pero no siempre lo bueno dura mucho! A don Cayetano, que así se llamaba el padre de Carmen y Luis, le aquejó una enfermedad muy grave, y como ningún médico acertaba a curarle, consultaron con un hada, la cual les dijo que para curar la enfermedad de su padre era preciso ir a buscar la hierba de la vida, que se encontraba en el Palacio de los Dragones. Los dos hermanos dieron las gracias al hada y se marcharon contentos a su casa. Luis se despidió de sus padres y hermana y se puso en camino en busca de la planta maravillosa. No bien hubo andado un kilómetro cuando se le apareció una viejecita encorvada, que le dijo:

—¿Adónde vas?

A lo que Luis contestó:

—A buscar la hierba de la vida, que me han dicho está en el Palacio de los Dragones.

—Si quisieras darme un pedacito de pan, te lo agradecería mucho.

Luis le dió la mitad de su merienda. Entonces la vieja le dijo:

—Ve por el camino de la izquierda y allí encontrarás el castillo. En la puerta habrá tres dragones; les das con tu espada y al instante se morirán. Toma este huevo de oro y con él podrás abrir la puerta donde se encuentra la hierba.

Luis se despidió de la vieja y se puso en camino. Al llegar al Palacio vió a los dragones, y dándoles con su espada, cayeron muertos. Luis abrió la puerta con el huevo que le dió la vieja, cogió la hierba de la vida y se marchó a su casa. En el camino se encontró a una joven de natural belleza, que le dijo:

—Yo soy la vieja que te dió el huevo.

Mariguapa, que así se llamaba la princesa, se fué con Luis a casa de sus padres y dieron la hierba al enfermo, que al instante recobró la salud. Luis y la princesa se casaron y vivieron felices.

IGNACIO MARTÍN.

Doce años. Madrid.

### Un buen hallazgo.

En un pueblecito de Andalucía, cuyo nombre no recuerdo, vivía en una humilde choza un pobre matrimonio que tenía un hijo, el cual se llamaba Fernando, como su padre, y su madre, María.

Al volver Fernando de su trabajo una tarde oyó llorar, acercóse a donde salían los gemidos y vió un hermoso niño en una cestita envuelto en ricos pañales y a su lado un perro guardándolo; se apresuró Fernando a recogerlo y el perro se fue detrás, dando saltos de contento; llegó a su choza y llamó a su mujer:

María, mira lo que traigo.

Y ella respondió:

—¿De dónde traes ese niño tan hermoso?

—Y él le contó cómo lo había encontrado, y que pensaba, si no aparecían sus padres, recogerlo.

Lo criaron como si fuera su hijo; no sabían más que se llamaba Enrique por una medalla. Al cabo de año y medio vino a establecerse cerca de allí un matrimonio muy rico y muy caritativo; por medio de la servidumbre se supo que hacía año y medio les habían robado el único hijo que tenían.

Paseando una tarde los señores, sintieron que, de pronto, les daba un manotazo; cuál no sería su asombro al reconocer a su perro, que faltaba el mismo día que su niño; siguieron al animal, el cual se metió en la choza, dando saltos de contento. Al ver Fernando la alegría del perro, se asomó a la puerta, encontrándose con los señores que llegaban; le preguntaron si aquel perro era de él; Fernando les refirió lo ocurrido, y que del niño no sabía más que se llamaba Enrique por una medalla. En este momento llegaban los dos niños de jugar; al verlo, salieron los padres a su encuentro y le abrazaron, pues no había duda que era su hijo, y, después de recompensarlos espléndidamente, los llevaron consigo, donde vivieron felices.

MERCEDES LAFFITTE.

Trece años. Sevilla.

Ayuntamiento de Madrid



Jake se cree fuerte.



Pero Luis le da una patada.



Y Jake comprende que no  
es el más fuerte.

LUIS MORALES.

Doce años. Buenos Aires.



Edmundo, footba-  
lley.

HORACIO ZUGAZ-  
TI. Buenos Aires.



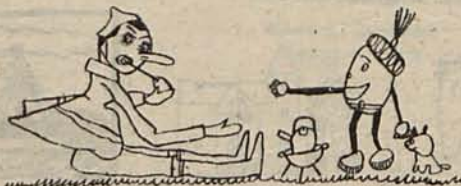
Un chino.

JUAN GUILLERNEU.  
Diez años. Madrid.



Antonio con traje  
de gala.

HORACIO ZUGAZ-  
TI. Buenos Aires.



Chapete pide un mate a Pinocho.

ISABELITA OTILA MARIL ESPERÓN.  
Buenos Aires.

### El Hada de la Limpieza.

Luisín era un niño muy aplicado; pero, en cambio, tenía el defecto de ser muy sucio, y nunca se lavaba por las mañanas.

Útilmente sus padres le mandaban lavarse, pues nunca les hizo caso.

Su hermanita mayor, Elena, tuvo una idea para corregirle, la cual comunicó a sus padres.

o o o

Un día, al acabar de comer, le dijeron sus padres:

—Luisín, en recompensa de tu aplicación, te damos permiso para que te vayas a pasear al bosque, porque sabemos te gusta mucho.

Luisín, muy contento, se dedicó a la caza de mariposas, cuando, al llegar a una como explanada, vió a una hermosa joven, la cual vestía un vestido bordado en oro.

Luisín se acercó a ella, y le preguntó:

— Hermosa dama, ¿tú quien eres?

—Yo soy —le contestó ella— el Hada de la Limpieza; yo castigo a los que no se lavan y premio a los limpios. Y como sé que a ti no te gusta el lavarte, si desde mañana no te enmiendas, te castigaré muy severamente.

Y dicho esto sacó una bolita del bolso, que arrojó al suelo, levantándose una nube de humo que la cubrió. Cuando la nube se desvaneció, ya no estaba allí la joven.

Desde entonces, Luisín, todos los días se lavaba por la mañana y se bañaba por la tarde por miedo al castigo del Hada.

Útil será el decir que el Hada era su hermana Elena, la cual, merced a su estratagema, consiguió ver limpio a su hermanito.

Y colorín, colorado.....

VALENTÍN MONTE.

Doce años. Oviedo.





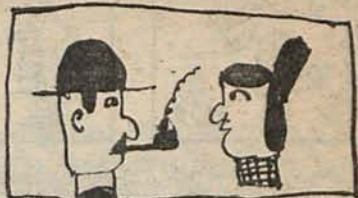
El peluquero Be- Dormido se queda. Llega un niño muy nito un día travieso tiene un pelo muy dentro de la bar- y le deja como un bonito. beria. queso.



¿En qué se parece un cigarro puro al Olimpo? En que es ta-Baco. ANTONIO MORA. Doce años. Barcelona.



—¿No te da vergüenza ir a la escuela, con lo mayor que eres? —No; porque el profesor tiene cincuenta años y también va. M.<sup>a</sup> NIEVES VIDAL. Doce años. Madrid.



—¿Por qué fumas pipa, Pepe? —Porque no me gusta el tabaco.

BEATRIZ FUMELLES. Diez años. Barcelona.

### Cuento.

En un país, cuyo nombre no recuerdo, había una Reina llamada Enriqueta. Tenía seis hijas, de las cuales no había nada más que dos hermosas. Una se llamaba Carmen; la otra, Rita. Carmen era amable y hacendosa; Rita, por el contrario, era orgullosa y muy déspota; así es que tenía el desprecio de todos, mientras a Carmen todo le eran agasajos y lisonjas.

Rita llegó a ser despreciada de sus padres y echada de su Palacio, en el que tan bien lo había pasado durante la niñez.

Cuando esto ocurría sólo contaba diez y ocho años; así es que pensó trabajar para alimentarse. Al principio le costó mucho, porque, como no estaba acostumbrada, le dolían mucho los miembros de todo su cuerpo.

Su hermana estaba con todo el esplendor que requiere una Princesa. Un Príncipe, llamado Floribel, se enamoró de ella y se casó, porque era heredero de la corona...

Murió la Princesa, y al morir dejó numerosa descendencia, quienes la acompañaron con lágrimas hasta la tumba.

Mientras, Rita iba por todos los pueblos para que la admitiesen en algún trabajo; pero en todas partes la echaban, pues como sabían por los periódicos que era la Princesa Rita, la arrojaban de todos sitios con cajas destempladas.

Fué echada a un bosque, donde se alimentó con hierbas, y también tuvo que comer raíces por algún tiempo. Al fin pudo salir, aunque con muchos apuros.

Unos pobres leñadores la recogieron; pero como vieron lo inútil que era para las cosas de la casa, decidieron que fuese al bosque para recoger los haces de leña que hacía el leñador; mas como no podía con ellos, la despidieron, diciéndole que todo el que entraba en su casa tenía que trabajar.

Rita se fué muy llorosa; y, sin saber dónde iba, se internó en una selva, donde no había nada más que fieras, y fué devorada por ellas.

Su padre, al saber el mal fin que había tenido su hija, mandó pregoneros por todo el mundo. Al fin llegaron los pregoneros al país donde vivían los leñadores, los cuales dijeron lo que le había sucedido. Y fueron a la selva, pero no encontraron a la niña.

ISABELITA BULLIDO. Diez años. Zaragoza.

### El regalo del Sabio.

En tiempos de los famosos sabios griegos existía uno llamado el sabio Nesiforo. Este sabio era uno de los mejores de su época, y por este motivo el rey le mandó llamar a su presencia: concurrió el sabio donde el rey, al cual, después de hacerle las ceremonias, como es costumbre, le dijo que por qué le había mandado llamar. El rey le repuso que su hija menor iba a contraer matrimonio con un príncipe y necesitaba un regalo para su hija, y en premio le daría la cuarta parte de su tesoro. El sabio, al oír aquellas palabras del rey, se quedó asustado porque iba a ser poseedor de una fortuna tan grande. Se fué el sabio a su casa, y cuando estuvo en ella, empezó a meditar cuál sería el regalo que le gustaría al rey para su hija. Pasaron dos noches, sin que el pobre sabio diera con alguno. Al terminar la tercera noche, se le vino el pensamiento, y una ráfaga de sabiduría penetró en su cerebro. El rey, extrañado porque no había llegado el sabio, lo mandó buscar por todas partes, sin que los soldados hubieran podido hallarle. La morada del pobre sabio era la Montaña Azul, nombre que la gente rústica le había dado porque al caer la tarde se ponía una hermosísima faja azul; ahí era donde el sabio tenía su morada, en el tronco de un árbol, y los soldados del rey no se imaginaron que estuviera ahí, porque toda esa montaña estaba habitada por fieras temibles. Cansados los soldados propusieron volverse, cuando de pronto vieron una gigantesca águila acercarse a ellos; alarmados por este fenómeno pensaron que venía a hacerles daño y cargaron sus fusiles para mayor seguridad; pero cuál no sería su sorpresa al ver que en las alas del águila venía sentado el sabio griego, y alarmados por esto le preguntaron al sabio cómo había podido saber que ellos lo buscaban. El sabio les contestó que él poseía una varita mágica que le avisaba quienes lo perseguían. Llevaron al sabio a la presencia del rey, quien le preguntó que por qué no había cumplido su promesa de llevarle el regalo. El sabio le pidió al rey perdón de su falta y le dijo que le había costado mucho dar con el invento; y diciendo esto se sacó de su bolsillo una cajita forrada en muselina e incrustada en diamantes y brillantes. La abrió y le mostró al rey una sortija de oro con un hermosísimo diamante, y entregándosela al rey, le dijo: éste es el regalo que me ha costado mucho hallarlo y cuyo poder es muy grande. ¿Ves ese diamante de gran tamaño?; pues en él verás tu futuro.

El rey se alegró muchísimo y le mandó entregar la cuarta parte de su tesoro y a su hija el anillo, la cual se casó esa misma noche, con gran pompa y regocijo de todos. Vivieron felices para siempre, conociendo su futuro anticipadamente, y el sabio lo mismo, vivió feliz todo el resto de su vida, y colorín colorado, el cuento ha terminado.

EDGARD PRADO. Trece años. Nicaragua.



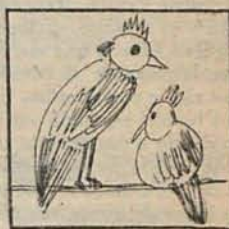
En la Castellana.



Un pueblo. LUISA VILLAMIL. Diez años. Madrid.



Mi hermana.



El padre y el hijo. ADELITA BERNABED. Siete años. Madrid.

### LA PESCA DE LA MERLUZA



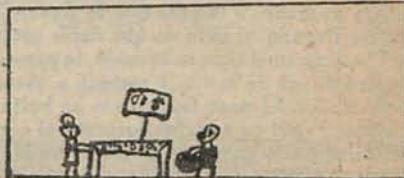
La pesqué... Me pescaron. ANTONIO MORA. Doce años. Barcelona.



—¡Mozol! Estas chuletas no tienen más que hueso. —Si el señor quiere que le pongan un poco de carne alrededor, cuesta el doble la ración. PEDRO RUIZ. —Trece años. Cabeza del Buey.



—¡Qué día más malo! ¡No sale el Sol! —¿Pero cómo quiere usted que salga, si es lunes? MANUEL VIDAL. Trece años. Madrid.



Mi tía comprando albaricoques. SALVADOR VILLALONGA. Nueve años. Barcelona.

### El ratoncito que quería ver el mundo.

—Mamaíta, yo quiero ver el mundo—dijo un pequeño ratoncito un día.

—Hijo mío, si te vas no volverás—dijo su mamá.

—¿Cómo lo sabes, mamaíta?

—El mundo es muy grande, y tú te perderás.

Cuando la madre lo dejó salir, salió y vió una vaca.

—¿Qué ratón más grande es usted—le dijo—. Pero la vaca sólo lo miró.

Después vió un perro grande.

—¿Es usted un ratón?—preguntó al perro—. Pero el perro le ladró y le quiso morder.

Después vió un ratoncito con tres patas.

—¿Cómo es que tú tienes solamente tres patas?—dijo el ratoncito.

—Un niño malo puso un pedazo de queso en una caja, y cuando yo lo quise coger, perdí una pata.

De pronto entró un hombre donde ellos estaban.

—Aquello no es un ratón—dijo el ratoncito—. El tiene sólo dos patas.

El hombre quiso coger el ratoncito, pero éste escapó.

—Yo me voy adonde está mi madre—dijo el ratoncito—. Yo no quiero estar en el mundo. Hay muchos ratones grandes en él. Mi mamá sabe lo que es bueno para mí.

JUAN MARIO FERNÁNDEZ. Doce años. Habana (Cuba).





Julia, por pasar el rato, quiere jugar con el gato.



Con hilo y con cualquier cosa, arregla una mariposa.



Luego la tira muy alta y el gato se sobresalta.



Y al ver que tiene pereza, se la pone en la cabeza.



Salte de pronto en huida, y el gato corre en seguida.



Mas se equivoca de lazo y Julia sufre el bromazo. AMPARO PASTOR. Ceuta.

### Nueva estratagema de Chapete.

Pues, señor, al enterarse Chapete del éxito mundial del periódico PINOCHO se puso tan furioso, que decía:

—Es lo único que le faltaba a Pinocho para acabar de ser el muñeco más célebre del mundo. ¡Esto no puede ser! ¡Hay que impedirlo!

Y pensando, pensando, se le ocurrió coger presa a Pirula, la gran amiga de Pinocho, y cuando él fuera, como iría, a libertarla —pues conocía su buen corazón—, se apoderaría de él. Además con esto conseguía —que ya es algo— que le faltara al periódico la *Sección Pirula*, que tanto gusta a las niñas, y tendría éste menos éxito.

Y como lo pensó lo hizo. Falsificó la letra de Pinocho y escribió a Pirula esta carta:

«Querida Pirula: Ve hoy, a las cuatro, al Retiro, por el sitio de La Chopera, que yo te esperaré allí, para un asunto urgente del periódico.

Tu amigo que te quiere, *Pinocho*»

La pobre Pirula, creyendo de verdad la carta, se puso tan compuesta y se marchó, diciéndose:

—¿Qué será lo que me dirá Pinochito?

Con la prisa se le olvidó guardar la carta, que el perrito de Pinocho vio; y como es tan listo, sospechando algo, se la llevó a su amo. Pinocho no dudó un momento de quién sería la estratagema, y reuniendo a sus amigos tan valientes Currinche y Don Turulato, corrieron al lugar de la cita armados con buenos palos.

¡Y no fué chasco el que se llevó Chapete y su amigo Patapón!

En lugar de encontrar allí a Pirula se encontró con la más formidable paliza que en su vida le han dado. Y quedó más corrido que una mona y sin ganas de volver a meterse con su invencible enemigo Pinocho.

ELOÍSA GINÉS MARTÍN.  
Once años. Madrid.

### La heroicidad de Juanita.

Juanita era una niña de diez años, muy buena y cariñosa con sus padres, que eran guardaaguas. Un día, de sobremesa, leyó su padre un periódico, en el cual se hablaba de la heroicidad de un niño que, viéndose venir a otro en bicicleta, que iba a tropezar con un tranvía que desembocaba, se arrojó sobre la rueda delantera de la bicicleta, haciendo que el niño cayera a tierra y no pasara ninguna desgracia. La niña, que lo oía, se propuso ser otra heroína, y en efecto, lo fué: veréis como pasó.

Un día que su padre estaba recorriendo los raíles de su distrito, mandó su madre a la niña que le llevara el almuerzo. Juanita, habiendo llegado al sitio en que debía estar su padre, y al notar que no aparecía en el sitio convenido, le pareció estaría reparando algún madero de los de la vía, y empezó a recorrer el camino de hierro hacia el Sur. Al poco tiempo vió un bulto sobre la vía, acercóse corriendo, y enál no sería su sorpresa al ver a su padre en medio de los raíles y con un gran madero sobre él, y tan grande, que sólo lo podrían levantar dos hombres. Su padre le dijo que al querer quitarlo de allí se le cayó, quedando de esta manera.

En aquel momento sonó un silbido, y la pequeña sintió que se le helaba la sangre en las venas: El exprés de las tres y cuarenta, tren que no tardaría en aplastar a su padre. No vaciló un momento, corrió al encuentro del ferrocarril, y empapando la sangre que vertió de su brazo, pinchándose con un clavo, lo puso rojo. Empezó a hacer señas. Los maquinistas la vieron, y poco después el exprés paraba a diez metros delante del pobre hombre, que había perdido el sentido. Lo sacaron de debajo, y un viajero, admirado de aquel rasgo, regaló a la niña un billete de mil pesetas, con lo cual compró juguetes, y colmó sus deseos de ser heroína.

FERNANDO CAMPOS HERRERA.  
Trece años. Sevilla.



Portero toda su vida.  
CRISTINA DÍEZ DE RIVERA.  
Once años. Madrid.

### El ratero.

Melania sorprendió un día, con el consiguiente asombro y disgusto, que un atrevido ratero metía las narices por la ventana de la cocina, y antes que la menegilda saliera de su asombro, se apoderaba de una olla, donde tenía la cena, huyendo con ella calle abajo.

El ratero se dió un gran banquete; pero suponiendo Melania que volvería, en vista del éxito obtenido, llamó al inteligente Kiriquí y le dijo:

—Mira, vamos a darle un susto a ese fresco y a que pierda de una vez para siempre esa mala costumbre.

—Guau-guau.

—¿Me has entendido? Pues salta dentro de la olla.

Y el can dió un poderoso salto, se acurrucó dentro del artefacto y Melania lo cubrió con la tapadera.

No tardó mucho en presentarse de nuevo el ratero, dirigiendo al interior de la cocina una mirada investigadora.

—Nadie—se dijo—. Hoy también tengo banquete, gracias a la descuidada cocinera. Nada, que he resuelto el problema de las subsistencias. Y alargó las manos para coger la olla; pero estuvo a punto de desfallecer al ver que la tapadera se levantaba y del interior del recipiente salía Kiriquí.

—¡Mi madre!—exclamó el ratero—. Y echó a correr como un coche calle abajo, perseguido por el famoso Kiriquí.

MARÍA AMANCIO DE GOUTABERTY Y DE PASCUAL.  
Doce años. Barcelona.

### Los dos hermanos.

Éranse dos hermanos llamados Luisito y Pepito. Luisito era bueno. Pepito, por el contrario, era malo.

Un día Pepito se decidió a hacer «novillos», y para entretenerse se fué a pescar. Después de cebar bien el anzuelo lo echó al agua, y al sacarlo vió que pesaba mucho, y cuál sería su sorpresa al ver que era una bolsa llena de oro.

Pepito se lo contó a su hermano, y Luisito le dijo que le diese la mitad. Pepito accedió con mucho gusto; pero ninguno sabía en qué emplearlo.

De pronto a Pepito se le ocurrió una idea, y dijo:

—Yo lo gastaré en una colección de cuentos de Pinocho, que son muy bonitos.

Y Luis dijo:

—Yo lo emplearé en buenas obras, que es lo mejor del mundo.

MIGUEL NAVAS.  
Doce años. Villada.

Hace muchos siglos, en un país desconocido, había tres hermanas. Las dos mayores se gastaban el dinero en diversiones, mientras la pequeña era muy caritativa y tenía un buen corazón.

Una tarde que iban de merienda al campo vieron un pobre mendigo sentado en el suelo, desfallecido. Como estaba tan sucio y harapiento, echaron a correr, mientras la pequeña, conmovida, levantó al pobre y le dió su merienda, y en el acto se transformó en un príncipe y se casaron después de algunos días.

Así premia Dios la caridad.

TERESA BENEYTO.  
Nueve años. Madrid.

### CHISTES

#### En el Circo.

—¿Cuál es el animal que tiene los hijos más gordos?

—¿...?

—La hiena, porque los tiene «hienitos».

ANTONIO BAUTISTA.  
Diez años. Madrid.

—¿Cuál es el colmo de un manco?

—¿...?

—Tener un asunto entre manos.

—¿En qué se parecen las pesetas a las alpagatas?

—¿...?

—En que se gastan.

—¿Quién es el que lleva con facilidad cien arrobas de paja y no puede llevar un perdigón?

—¿...?

—El río.

MARÍA HALCÓN.  
Doce años. Sevilla.

#### Ya podía toser bien.

El médico manifiesta su júbilo al enfermo diciéndole:

—Bien, hombre; acabo de oírle toser, y veo con satisfacción que tose hoy mucho mejor que ayer.

—¡Ya lo creo! —contesta el paciente—. ¡Como que m'estau ensayando toda la noche sin querer.

#### De exámenes.

—¿Quién fué el padre de Felipe IV?

—Felipe III.

—¿Y el de Carlos I?

El muchacho, después de un momento de vacilación:

—Carlos cero.

#### En casa del médico.

Entra el doctor en la sala de espera y dice a los que aguardan:

—¿Quién de ustedes hace más tiempo que espera?

—Yo —contesta un sastre—.

Hace seis meses que espero que me pague usted la levita que le hice.

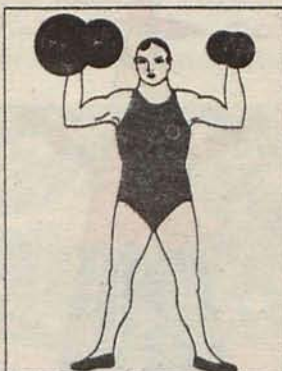
MANUEL COCHO.  
Trece años. Madrid.



# ¿SABÉIS POR QUÉ?

¿POR QUÉ TENEMOS MÁS FUERZA EN LA MANO DERECHA QUE EN LA IZQUIERDA?

Todos tenemos más fuerza, más agilidad y más destreza en nuestra mano derecha que en nuestra mano izquierda. Todos, desde luego, no. Los zurdos, por el contrario, tiene más agilidad y fuerza en su mano izquierda, y utilizan torpemente y con desgano su mano derecha. Pero lo normal es lo nuestro, el gran predominio de nuestra diestra. Es lo normal, pero no es lo natural, es decir, no es de nacimiento. La supremacía de nuestra mano derecha depende, sobre todo, de una educación. Hemos utilizado, nos han hecho utilizar desde pequeños continuamente, esta mano con que escribimos, y de aquí que sea más capaz, más ágil, más fuerte. Si nos hubieran abandonado a nuestro gusto hubiéramos optado por una u otra mano o, en último caso, hubiéramos sido *ambidextros*, es decir, hubiéramos empleado nuestras dos manos del mismo modo. Pero tanto insistieron, tantas ve-



ces nos dijeron: «niño, con esa mano no se toma la cuchara», «con esa mano no se escribe», que abandonamos nuestra mano izquierda y la dejamos, por tanto, sin educación, sin agilidad, sin fuerza, por falta de ejercicio. Es una educación la que nos ha dado una mano derecha ejercitada y fuerte. Y tanto es así, que los propios músculos de la mano y brazo derechos son más recios, más grandes, están más desarrollados que los del izquierdo. Si nos ponemos un guante en la mano derecha, y otro de igual tamaño en la izquierda, veremos que en ésta el guante forma algunas arruguitas. Nuestra mano derecha es, sin duda, un poquito más grande que nuestra izquierda.

Y todo esto no es, como se podría pensar, una superioridad natural, espontánea, de esa extremidad de nuestro cuerpo, sin una ventaja conseguida por el ejercicio.

## MAZASAS DEL RATON DON ROQUESO







# SECCIÓN PIRULA

PIRULA, FABRICANTE DE JUGUETES

*La muñeca Doña Cucurucha.* — Esta muñeca que aquí veis es casi de cartón, como yo, puesto

que es de cartulina, y, sin embargo, afirmo que no nos une parentesco alguno, y bien a la vista está, dicho sea sin falsa modestia, que no nos parecemos en nada.

Para hacer esta muñeca se sigue el procedimiento, sumamente viejo y vulgar, del cucurucho, en el que se practican a ambos lados unos agujeros para los brazos.

El procedimiento que ha de seguirse para estos brazos no es menos conocido y sencillo: consiste en cortar en el sentido de la longitud, hasta la mitad aproximadamente, una tira de cartulina, de la cual una parte forma los brazos, que pasan por las rendijas, y la otra es el trozo que llega hasta abajo y sirve

para hacer que accionen los brazos. Vieja y todo, mi Doña Cucurucha resulta, sin embargo, nueva y divertida por su aspecto.

No me negaréis que tiene gracia el sombrerete de puntiaguda copa —al fin y a la postre es un redondel de cartulina por el que asoma el extremo del cucurucho— que aureola su amelonada cabeza con cara de zampatortas.

En cuanto a la falda, a poco que os fijéis veréis que ofrece una pequeña particularidad que no quiero dejar pasar sin hacéroslo notar: y es que en los cuadraditos blancos, entre los cuadrados azules, se ven aparecer y desaparecer alternativamente unas manchitas grises que en realidad no existen.

Es ésta una ilusión de óptica muy conocida y cuya explicación científica seguramente nos interesaría a todos que nos la diese el gran Pinocho en su sección de «¿Sabéis por qué...?»



## EL BARCO «PIN 8»

La afición al mar y a los barcos es cosa muy general; sin embargo, tiene sus graduaciones, pues no es lo mismo hacer una travesía en un transatlántico que echar a bogar en una palangana un barquito de papel.

¿Pues y la diferencia que existe entre dicha barquichuela de papel y el magnífico balandro adjunto? Sin embargo, casi es éste de tan fácil construcción como aquélla.

Para fabricarlo es esencial utilizar madera de pino.

No crea que esto haya de influir mucho en la seguridad de los pasajeros; pero se trata de una delicadeza de intención hacia el glorioso muñeco de pino cuyo nombre —aunque a primera vista pueda no parecerlo— ostenta la embarcación.

La estabilidad se consigue mediante la quilla recortada como lo indica el grabado, y el aparejo se compone de un mástil —un palito puede prestarnos para el caso inapreciable servicio— colocado en el centro de la cubierta y un trocito de lienzo, en el cual, una vez que lo hayamos así convertido en vela, nadie reconocerá, a buen seguro, el pañuelo que desgarramos hace pocos días al jugar a la gallinita ciega.



LINAGE

## PIRULA, MUEBLISTA

*Una percha.* —Nada, que me he propuesto convertiros en unos carpinteros de primera, y me he enterado, con satisfacción, de que lo voy consiguiendo.

En efecto, sé que siguiendo mis modestas indicaciones habéis realizado ya verdaderas maravillas; esto me lo ha contado un pajarito; mejor dicho, una pajarita, que no es sino la gentil Pifa de los Reyes Magos, que me ha dicho, hablando en verso, según su costumbre:

Ya no existe un pinochista  
que no sea un gran mueblista.

Hasta ahora casi todos los modelos que os he presentado requerían para su realización la ayuda, por supuesto elemental, de algún carpintero de profesión; el de hoy es para que lo hagáis vosotros solitos; si acaso, papá y mamá os echarán una mano... de pintura.

Esta percha se llama «El puro de Sancho Kolate», y consiste, como veis, en una simple tabla con un agujero y un palito ligeramente afilado por uno de sus extremos, que se introduce en el agujero mencionado.

Y nada más.

Si insistiera sobre la facilidad de pintarle el rostro al chato fumador, según aparece en el grabado, o de dar en el extremo del cigarro el toquecito encarnado que simula el fuego, ofendería seguramente a mis lectores, hartos adiestrados en estos menesteres artísticos.

